

María Dubrovska, primera actriz

Juan Polo Barrena

PERSONAJES

MARÍA DUBROVSKA:

Primera actriz. Ha conocido el éxito y la fortuna; ha triunfado. Pero un día sorprende al tramoyista meando en el jarrón de porcelana y descubre que le molestan tanto los tramoyistas como los ramos de rosas rojas. En ese momento, decide que actuará para un solo espectador, único y eterno, entregado y babeante. El teatro llega a ser universal e íntimo. Y cada acto de la vida es una representación. María Dubrovska, desde las alturas de su arte, polifacética o inaccesible, cae en la abyección y la angustia de una soledad tristemente compartida. Por algo, es diosa y estricta gobernanta.

RAMÓN:

Él mismo lo dice, gimiendo mientras se masturba ante un espejo roto en mil pedazos: «soy tu zascandil, tu correveidile, el chico de los recados, el ascensorista y el mozo de la limpieza. Juegas conmigo como con un muñequito de cartón y dejo que juegues con las cartas marcadas. Cuando vienen tus amantes a calentar tu cama he de salir por la claraboya y perderme cuanto más lejos mejor. Si es que no deseas que os sirva de mamporrero». Pero Ramón, a pesar de ser cobarde, es un cobarde enamorado, o al menos eso cree él. El muy ladino pretende chantajear a la diosa y estricta gobernanta.

ESCENARIO

En el escenario habrá un saloncito coqueto, antiguo, nostálgico, propio de una gran actriz retirada. Se romperá el encanto al haber muchos muebles, desordenados, incómodos, hasta el punto de parecer un guardamuebles o un museo destartado. Deberá contarse con un biombo, mecedora, tocadiscos anticuado, radio, montones de periódicos amarillentos, cómoda o consola, canapé, sillones, una columna dórica y el mobiliario pretencioso, algo cursi, equívoco que pueda imaginar el escenógrafo.

ACTO ÚNICO

Escena I

RAMÓN lee y pasea. Se muestra muy nervioso. Viste hábito de fraile un tanto desastrado. Ríe y se lamenta con gestos exagerados. Parece inquieto.

RAMÓN.- (Lee.) «¡Día de ira, aquel día reducirá al mundo en pavesas! Testigo David en la Sibila».

«Cuánto temblor ha de haber cuando el Juez ha de venir a examinarlo todo estrictamente».

«Una trompeta esparciendo sonido maravilloso por los sepulcros de las regiones congregará a todos ante el trono».

«Muerte y naturaleza quedarán atónitas, cuando resuciten los hombres, para responder al Juez».

(Deja de leer, excitado.) Y yo me pregunto adónde puede llevar tanta extravagancia. Le doy vueltas a la cabeza una y mil veces, no pienso en otra cosa, sueño todas las noches con ello y cuando despierto me duelen los ojos, como si hubiera pasado las horas leyendo en la oscuridad. **(Más resignado.)** Me duele el cuerpo, María Dubrovska. Eres una mujer exigente y ardorosa. Me das miedo porque sé que no he de acostumbrarme a ti. ¡Nunca!

(Lee, de nuevo; más deprisa.) «Abrirase el libro escrito en que todo se contiene, por donde el mundo será juzgado». «Luego, pues, que el Juez se siente, todo lo oculto quedará patente: no quedará delito sin castigo».

«¿Qué diré yo entonces, cuitado? ¿A qué ahogado rogaré cuando apenas el justo estará seguro?»

(Se oye la risa estentórea, casi ofensiva de MARÍA DUBROVSKA. RAMÓN lee muy nervioso.)

«Rey de Tremenda majestad que a los escogidos salvas por pura gracia...»

(La risa de MARÍA se ha hecho más estridente. RAMÓN tartamudea.)

«...Sálvame, fuente de piedad».

(Ofendido.) Sí, ríe, ríe y no pares. Eres tú la que has querido que vistiera esta ropa ridícula. Se me enredan los pies. Se me traba la lengua, tartamudeo.

(Sigue la risa insistente.)

MARÍA.- (Riendo.) Eres un niño, Ramón. Por eso te amo. Deseo hacerte mi esclavo.

RAMÓN.- (Algo asustado.) ¿Dónde te escondes?

MARÍA.- (Riendo.) ¡Qué bello es el Oficio de difuntos!

RAMÓN.- (Igual.) ¿Dónde estás?

MARÍA.- ¿Acaso, no te gusta?... Cuando digo que no comprendes nada. Siempre fuiste un zafio.

RAMÓN.- (Rabioso.) Sal de una vez. Quiero verte la cara.

MARÍA.- (Zumbona.) ¡Qué capricho tan raro!... Anda, léelo en latín... Suena tan tétrico... Eran sabios aquellos monjes, ¡eh, cariño!... Sabios y santos.

RAMÓN.- (En tono exculpatorio.) Esta es una historia de locos. No va a tener éxito... Está pasada de moda, es de otro siglo.

MARÍA.- (Hiriente.) Tú si que eres de otro siglo... Léelo en latín, te digo. Y con voz alta y bien clara.

RAMÓN.- (Susurra.) Vete a la mierda.

MARÍA.- (Chilla.) ¡Qué palabras son esas, canalla! Sí, te he oído; en esta casa las paredes escuchan. María Dubrovska lo oye todo... ¡En latín!

(RAMÓN se encoge atemorizado.)

RAMÓN.- (En voz insegura.) *Dies irae, dies illa, solvet saeculum in favilla: Teste David cum Sybylla.*

MARÍA.- (Ríe divertida, estridente.) Más alto, con voz de trueno. Canta, recítalo, que se conmuevan las piedras... ¡Vamos, canta! ¿Es que te da vergüenza?... Mi niño bonito... No irás a arrugarte ahora, ¿verdad?

RAMÓN.- (En voz insegura.) *Quantus tremor est futurus...*

MARÍA.- (Ríe enloquecida.) No, así no... pero ¿qué haces? Cantas como si te viniera de pronto la primera regla, sin saber lo que es. ¿Es que por fin te has vuelto niña?... **(Con tono imperativo.)** ¡Enciende la luz! Quiero sentirme viva. Mira que eres remolón. ¡Te he dicho que enciendas!

(RAMÓN enciende y el escenario se ilumina totalmente.
Al hacerse la luz, aparecerá MARÍA, medio desnuda,
cubriéndose apenas con alguna ropa. Burlona.)

Pero ¿no tienes frío?... Me pareció que temblaba tu voz...
(Voluble.) Yo estoy tiritando... Toca, toca..., ¿a que notas la piel de gallina?

(RAMÓN acaricia con suavidad a MARÍA DUBROVSKA.)

(Igual.) No me había fijado en la pinta que tienes con ese hábito... Es maravilloso. Y tan lúgubre.

RAMÓN.- No puede tener éxito. A la gente no le gustan las historias de iglesia.

MARÍA.- (Canta y pretende moverse lúbricamente.) *Dies irae, dies illa, Solvet saeculum in favilla: Teste David cum Sybylla.*

No entiendo nada..., pero resuena en lo más hondo..., es como un eco tremendo... No tienes alma de poeta... **(Con una risotada.)** Quítate esos ropajes, de una vez. Me das miedo. Pareces un apóstol.

(RAMÓN intenta retirarse.)

¿A dónde vas?

(MARÍA sujeta a RAMÓN.)

Quédate en paños menores como yo... **(Ríe desvergonzada.)**
Carnes lozanas y hermosas, rozagantes; olemos a Primavera.

(MARÍA jalea a RAMÓN y le acucia para que se desnude. Con movimientos bruscos y voces destempladas le ayuda a quitarse la ropa.)

¿Es que te ha dado un aire, pasmarote? Estás pálido, blanco como un cadáver. Un manojo de nervios sin sangre. Pero di algo, hombre, mueve los labios... Voy a creer que no estás aquí..., (**Ríe procaz.**) que, de verdad, te has muerto de frío.

RAMÓN.- (Con voz desfallecida.) Calla un momento, calla, por favor.

(**RAMÓN queda en calzoncillos, encogido, temeroso. MARÍA DUBROVSKA abraza lúbrica y burlona a RAMÓN.**)

MARÍA.- Qué largos siento los brazos. Eres una criaturita. (**Voluble.**) Deja que te abrace... Estás tan solo... Cada vez más pequeño, te haces un ovillo y quieres entrar en mi corazón... Te gusto porque soy tu madrecita, ¿no es cierto?... ¿No ves como tiembles?... Estás llorando... Ya sé, ya sé que la cama de matrimonio es demasiado grande para los dos. Me ves tan lejos... Claro, te quedas en el mismo borde, como si fueras un equilibrista... Mucho presumes, pero un día te escurrirás y ¡zas! te vas a dar la gran costalada.

(**MARÍA ríe, pero ahora su risa es amarga. Abraza con desesperación a RAMÓN.**)

RAMÓN.- (Resignado.) Me haces daño, María Dubrovka.

MARÍA.- Y, sin embargo, no vibras.

RAMÓN.- No me aprietes tanto, mujer.

MARÍA.- (En voz de melodrama.) Quiero penetrar en tu cuerpo. Tenerte dentro, cada vez más dentro. Sentir que eres un hombre, ¡de una puñetera vez!

(**RAMÓN gime. MARÍA furiosa.**)

No me pongas histérica. Estás mojándome. No llores más, que te mato.

(MARÍA se desprende de RAMÓN y le rechaza con violencia, de forma que por efecto del empujón trastabillea por el escenario y está a punto de caer. RAMÓN queda encogido, insignificante, en un rincón. MARÍA se viste un bello y vaporoso traje de gasa blanca con adornos dorados.)

RAMÓN.- (En voz débil.) ¿Qué estás haciendo?

MARÍA.- (Sardónica.) Me pongo guapa para ti.

RAMÓN.- Te lo agradezco mucho, pero, perdóname, estoy muy cansado.

MARÍA.- (Igual.) ¿Es que no te agrada recordar el pasado feliz?

RAMÓN.- Hace tantos años...

MARÍA.- (Igual.) Eres un ingrato... ¿No lo reconoces? Es el vestido de novia.

RAMÓN.- (Solloza y se cubre los ojos.) No, por favor.

MARÍA.- (Furiosa.) ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

RAMÓN.- (En un susurro.) No es eso.

MARÍA.- (Igual.) Quiero oírte la voz.

RAMÓN.- Sí; estás muy guapa.

MARÍA.- (Igual.) Y muy bien conservada, ¿verdad? ¿No se te ocurre otra cosa? Tú eres infinitamente más viejo que yo.

RAMÓN.- No debemos jugar. Es peligroso.

MARÍA.- (Igual.) Demasiado tarde para volvernos atrás.

RAMÓN.- (Persuasivo, algo ilusionado.) Aún queda mucho tiempo. Yo te ayudaré siempre, lo sabes.

(MARÍA se mueve rápida y con energía. Coge un pantalón y una camisa; se los lanza a RAMÓN.)

MARÍA.- Lo único que sé en este momento es el asco que me da ver ese cuerpo de miseria, temblando como si fueran a ahorcarte. Parece que estás pidiendo limosna..., y no me extraña, porque siempre has sido un pordiosero.

(RAMÓN se viste lo más rápido que puede.

MARÍA va a buscar el biombo, que se hallará en el fondo del escenario y lo coloca en el centro, para después desplegarlo con grandes gestos.)

RAMÓN.- (Resignado.) ¿Qué es eso?

MARÍA.- (Descarada.) ¿No tienes ojos en la cara?

RAMÓN.- (Igual.) Ni un solo día, tranquilos, María Dubrovska. En el momento más inesperado, la sorpresa... Nunca te cansas de inventar cosas.

MARÍA.- (Orgullosa.) Es un biombo. De seda natural... Traído de China. ¿No te parece precioso?

RAMÓN.- Regalo de un admirador, seguro. (Celoso.) No te recatas. Aceptas todo lo que te ofrecen.

MARÍA.- ¿Pero qué cantilena farfullas?... Anda, déjate de tonterías. ¿No te parece precioso?

RAMÓN.- (Enfadado.) Un derroche... Una manera elegante de alejarte de mí.

MARÍA.- (Furiosa.) Vaya, el pequeñín qué bien habla... ¿De dónde sacas esa nostalgia? No frunzas el morro. Estoy hasta la coronilla de tus lamentos, quejica.

RAMÓN.- (Sumiso.) Cuando me marché la última vez no estaba aquí.

MARÍA.- (Desabrida.) ¿Qué es lo que no estaba aquí?

RAMÓN.- El biombo. Qué va a ser.

(MARÍA señala al hábito de RAMÓN, que ha quedado en el suelo.)

MARÍA.- Recoge el manto... Sobre que no sabes llevarlo..., maldita la gracia que Dios te ha dado..., lo tiras al suelo, como si fuese basura... Huele que apesta...

(RAMÓN obedece y recoge el hábito.)

¿Qué día fue el último en que te lavaste?... Cochino... Te molestan las cosas limpias... Te hacen daño a la vista... Anda, llévate ese trapo.

(RAMÓN sale un momento, para retirar el hábito.
MARÍA se mueve muy nerviosa. Vuelve RAMÓN.)

RAMÓN.- (Monótono, insistente.) Cuando me marché no estaba aquí.

MARÍA.- (Molesta.) Y dale... No te quejarás, supongo. Culpa tuya es. Te fuiste hace mucho tiempo. Tanto que casi no lo recuerdo.

RAMÓN.- El tiempo justo para preparar tus próximas actuaciones.

MARÍA.- (Desabrida.) Ya no habrá más actuaciones.

RAMÓN.- (Molesto.) Pero ¿qué dices?

MARÍA.- (Igual.) Lo que oyes... Y no pongas esa cara de tonto. Me destrozas los nervios.

RAMÓN.- (Algo burlón.) ¿Te encuentras bien, María? ¿Acaso has tenido pesadillas?

MARÍA.- (Con altivez, sardónica.) Perfectamente, como nunca. Tengo la saliva espesa, es una magnífica señal... Y mis sentimientos son, al fin, míos de verdad. Por primera vez. Van y vienen del corazón a los labios como pajarillos que han perdido el miedo... Han conseguido escapar de la jaula de oro.

RAMÓN.- (Evasivo, se acerca al biombo.) Los colores son delicados y el diseño, elegante. Muy bonito, ya lo creo. Pero no acierto a entender para qué sirve.

MARÍA.- (Molesta.) Te crees muy gracioso, ¿no?... Sirve para escondernos.

RAMÓN.- (Con sorna.) La habitación parece más pequeña... Como si recuperásemos una intimidad ya muy lejana...

MARÍA.- (Furiosa.) Y tan lejana... No puedes ni recordarla. Porque jamás existió entre nosotros. No te hagas ilusiones.

RAMÓN.- (Con cierta delicadeza.) Deseaba solamente evocar momentos... no sé, quizá más felices.

MARÍA.- No irás a ponerte sentimental. No lo soporto.

RAMÓN.- (Se disculpa.) Si te molesto no tienes más que decirlo..., y me voy a dar una vuelta por el parque...

MARÍA.- No digas sandeces.

RAMÓN.- (Solícito.) No me enfado por eso. Ya lo sabes.

(De pronto, MARÍA se muestra cariñosa y, en un arrebato, abraza y acaricia a RAMÓN.)

MARÍA.- No cariño... Estás cansado de tanto corretear. Vas de un lado a otro como loco, sin detenerte en ninguna parte... Nunca te lo agradeceré bastante.

RAMÓN.- (Halagado.) Todo lo hago por ti.

MARÍA.- (Sensual.) Pasaremos la tarde juntos..., olvidados, sin recuerdos... No, no digas nada... Sólo has de mover los labios para besarme, para morder los míos.

RAMÓN.- (Ilusionado, alegre.) He convencido a los empresarios; se han rendido. Te ofrecen unas condiciones magníficas. Como nunca las habíamos soñado.

MARÍA.- (En cierto tono desabrido, que amenaza enojos.) ¿Por qué no hablas de otra cosa? Ya te he dicho que no pienso volver a actuar.

RAMÓN.- (Desconcertado.) Pero ¿qué te pasa?... No hablarás en serio... Estás pálida, has llorado... ¿Te amenaza alguien, María Dubrovska? ¿Has recibido algún anónimo en mi ausencia?

MARÍA.- (Ríe sardónica; se separa.) ¡A quién se le ocurre!... A veces, te portas como un niño, Ramón... Es muy sencillo... he decidido no salir nunca más a un escenario.

RAMÓN.- (Desconcertado.) Así, de repente... Sin razón alguna.

MARÍA.- (Desagradable.) Las decisiones más importantes se toman en un momento... Además, ¿no has pensado nunca en lo terrible que es vivir condenados a repetir siempre las mismas tonterías?

RAMÓN.- (En forzado entusiasmo.) Eres única, María Dubrovska. Cultivas el exquisito arte de la paradoja... Te apasionan el exhibicionismo..., las sorpresas.

MARÍA.- (Enfatuada.) Al fin y al cabo, soy actriz..., mejor dicho, lo he sido hasta ahora.

RAMÓN.- (Entusiasmado.) La mejor del mundo. No ha nacido aún la que pueda hacerte sombra.

MARÍA.- (Igual.) Me enojan los admiradores. Son blandos, repugnantes.

RAMÓN.- (Desconcertado, intenta ser persuasivo.) Una servidumbre obligada... Un poco pesados, pero inevitables. Además, los necesitas.

MARÍA.- (Lejana, enfatuada, desdeñosa.) Quizá ese conformismo sea lo mejor para hacer tolerable la existencia... Pero yo me aburro, Ramón, cada día más. A todas horas pendiente de lo que opina el público.

RAMÓN.- (Adulador, cursi.) Los artistas no tienen vida propia, no les pertenece. Siempre se ha dicho. Se deben a los espectadores; los que dan y quitan la gloria.

MARÍA.- (Enojada.) Siempre los mismos tópicos..., manoseados, apestosos.

RAMÓN.- (Igual.) Tú estás por encima de todo eso.

MARÍA.- (Triunfal.) Sí, soy egoísta, no lo sabes bien. He decidido que quiero tener un solo admirador.

RAMÓN.- (Complaciente, extrañado.) ¿Solamente uno?... Imposible... Te morirías.

MARÍA.- (Con entusiasmo.) Un admirador fiel, entusiasta, apasionado... El espectador único y eterno, entregado y babeante. Vale más que millones de ellos, repartidos por el mundo entero.

RAMÓN.- ¿Quién puede ser ese maravilloso espectador?

MARÍA.- (Igual.) ¡Tú! Eres el elegido.

RAMÓN.- (Cansado.) Ser amante de la primera actriz...

MARÍA.- (Interrumpe con violencia.) ¡Marido!... Estamos casados. ¡Casadísimos! Por la Santa Madre Iglesia.

RAMÓN.- (Sin inmutarse.) ... Es una obligación muy penosa. Por favor, no pongas las cosas más difíciles.

MARÍA.- (Casquivana, voluble.) Ya no tendrás que hacerme publicidad.

RAMÓN.- A estas alturas no necesitas propaganda de nadie.

(**MARÍA se mueve y baila como una chiquilla. Se diría que se siente liberada; vuelve a la niñez.**)

MARÍA.- (Voluble.) Podrás ir al parque cuando te apetezca.

RAMÓN.- (Desconcertado.) No me interesa. Quiero trabajar para ti.

MARÍA.- Me he cansado de ese mundo frívolo. No volveré a salir de casa. Y tú me harás compañía.

RAMÓN.- (Igual.) No te creo. Es una broma ¿no?

MARÍA.- Pero si vas a estar encantado... En el fondo, eres un hombre rutinario. Nunca te ha gustado la vida que llevamos los artistas.

RAMÓN.- (Molesto.) ¿Es que no puedes parar?

MARÍA.- (Voluble, exagerada.) Me siento feliz, alada..., dichosa.

RAMÓN.- (Igual.) Todo lo que hay a tu alrededor es un escenario, ¿verdad?... Representas todos los minutos del día. No sabes lo que son sentimientos.

MARÍA.- (Sin parar.) No estarás hablando de amor (**Ríe estrepitosamente, con descaro.**)

RAMÓN.- No te pido nada. Sé mantenerme en el sitio que me corresponde.

MARÍA.- (Ríe casi con crueldad.) Precisamente por eso me das tanto asco.

RAMÓN.- (Triste, pero con súbita resolución.) He consentido en todo María Dubrovska, lo sabes. Pero llegamos al acuerdo de que respetaríamos el valor de las palabras. Prometiste que no me ofenderías.

MARÍA.- (Parece recapacitar, reflexiva.) Es cierto. No volveré a insultarte, querido.

RAMÓN.- (Arrepentido, sumiso.) No me importa que tengas amantes... Sé que los necesitas.

MARÍA.- (Igual.) Me despedirás de todos ellos.

RAMÓN.- Comprendo que eres distinta...; mucho más apasionada que yo.

MARÍA.- (Enfática, con altivez.) Estoy cansada, harta de mis amantes, Ramón. Forman parte de una especie ambigua, desolada y canalla... Una extraña clase de hombres. No debisteis entrar nunca en sociedad. Recuerdo a mi padre, un viejo apestoso que mordía mis labios a escondidas en los rincones más oscuros... Se pasó la vida jodiendo..., y no llegó a quedarse seco, murió a los ochenta y tres años, en un burdel, abrazado a un travesti que confundió con una puta.

RAMÓN.- (Desconcertado, mira a todas partes.) ¿Por qué me cuentas esas cosas, María Dubrovska?... Pueden oírte.

MARÍA.- (Igual.) La gente sensata de otras tierras huye a las montañas para morir. Tienen el buen gusto de ocultarse, escapan de la repugnante compasión ajena... Eso mismo voy a hacer yo. Nadie verá nunca más mi cuerpo.

RAMÓN.- (Muy nervioso.) Una actriz como tú no puede retirarse. Estás en el mejor momento. Te espera el mundo entero.

MARÍA.- (Parece declinar.) Y porque me esperan pretendes que siga entregándome a la voracidad de ese público salvaje... (**Con absurdo histrionismo.**) Para que me despedacen.

RAMÓN.- (Intenta ser persuasivo.) No has pensado lo que sería de ti si, de verdad, abandonarás. No sabes lo que dices.

MARÍA.- (Igual.) Me ahogo en los camerinos. Son siniestros, huelen a sudor. **(Chilla.)** El otro día sorprendí al Tramoyista meando en el jarrón de porcelana.

RAMÓN.- (Asombrado, muy nervioso.) No puedo creer que a estas alturas te preocupen esas nimiedades.

MARÍA.- (Igual.) Me horrorizan tanto los tramoyistas como los ramos de rosas rojas. Se marchitan demasiado pronto.

(RAMÓN se asusta del paroxismo a que llega MARÍA. La acaricia y habla con dulzura.)

RAMÓN.- Todo eso..., y otras cosas muchísimo más bellas son el espectáculo. Pero si lo deseas, advertiré que sólo aceptas flores de plástico.

MARÍA.- Te lo agradezco, Ramón, no hablemos más... Desde hoy, actuaré sólo para ti.

(MARÍA inicia una danza sensual, excitante, ante la mirada absorta de RAMÓN, que no sabe qué hacer.)

RAMÓN.- (Balbuceando.) ¿Seguro que te encuentras bien, María?

MARÍA.- ¿Es que ya no te gusto?

RAMÓN.- Deberías probar a dormir..., siquiera un ratito.

MARÍA.- Me siento arder, amor mío... ¿No te ilusiona saber que voy a ser sólo para ti?

RAMÓN.- Y si tomaras esas píldoras.

MARÍA.- ¿De qué píldoras hablas? Pareces idiota... No sé cómo puedo quererte.

RAMÓN.- Son muy buenas para la jaqueca..., y borran los pensamientos negros.

MARÍA.- ¿También las ilusiones? ¿Las promesas de amor?... Acércate... Olvida las medicinas, las viejas historias, los nervios de las vísperas de estreno, los fracasos y la mierda, mucha mierda, la mierda de todas las noches, ya no necesitaremos nunca tanta mierda.

RAMÓN.- Estás muy excitada, María.

MARÍA.- Sí; quiero dar vueltas, vueltas y vueltas, no saber dónde estoy, perderme en el vacío, volverme loca... ¿No es eso lo que piensas, cariño? ¿No crees que estoy rematadamente loca?

RAMÓN.- Te traeré esas pastillas.

(**RAMÓN hace intento de marcharse, pero MARÍA le agarra con fuerza.**)

MARÍA.- (**Desmelenada, furiosa.**) ¡Ven aquí!... Loca, sí; pero no, idiota... Estoy harta de que me trates como a una subnormal. He dicho que actuaré para ti... Deberías sentirte orgulloso. Pero si lo prefieres me quedaré sola. Me da lo mismo... Vete donde no te vea más, desgraciado.

(**MARÍA da un fuerte empujón y éste cae al suelo. Furiosa.**)

Siempre estás en el suelo... No eres más que un monigote.

RAMÓN.- (**Con resentimiento.**) Y ahora me has hecho daño. (**Se queja de dolor en la espalda.**)

MARÍA.- (**Con desprecio.**) ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas a tomar por culo. Seguro que eso sí que te gusta.

RAMÓN.- (**Con voz pastosa; resentido, hiriente.**) ¿Qué nuevo personaje estás preparando?... Parece atractivo, muy sugerente... El público va a quedar admirado, como nunca... En el estanque..., aroma de negros tulipanes y nenúfares marchitos... Se escucha un clavecín en los salones venecianos donde viejas carátulas y príncipes fetichistas cubren sus vergüenzas con cortinas de raso y acarician, enternecidos, un zapato de charol.

MARÍA.- (Furiosa, da puntapiés a RAMÓN.) ¡Eres un canalla!

RAMÓN.- (Igual.) ¿Por qué me pegas?... Interpreto tus sentimientos.

MARÍA.- (Igual.) ¡Calla esa sucia boca!

RAMÓN.- (Igual.) Te sugiero el ambiente. No me negarás que es una idea brillante.

MARÍA.- Te equivocas, imbécil: No me gusta el horror... He visto demasiados pudrideros.

RAMÓN.- (Igual.) ¿No estarás refiriéndote a..., nuestra casa?

(MARÍA, de pronto abatida, se retira como si estuviera asustada.)

MARÍA.- No voy a pegarte más. Te lo prometí, juré que no te pondría las manos encima... Perdóname, Ramón.

(RAMÓN se acerca a ella arrastrándose y se abraza a sus pies.)

RAMÓN.- Sigues siendo la mejor, María Dubrovska.

MARÍA.- (En voz entrecortada, dolorida.) Apenas te oigo... Me quedaré aquí sentada, con los ojos cerrados.

RAMÓN.- (En el suelo.) No, María, no; has llegado demasiado lejos. No puedes volverte atrás.

MARÍA.- (Se sienta, abatida.) Una pobre mujer sola, cansada y rota.

RAMÓN.- (Desconcertado.) Pero ¿qué dices ahora?

MARÍA.- No volveré a ver la luz de los escenarios... No sé quién eres, Ramón.

(RAMÓN se arrodilla delante de MARÍA en actitud suplicante.)

RAMÓN.- Estoy perdiendo la cabeza, María Dubrovka. No acierto a comprender nada de lo que dices.

MARÍA.- (Como enajenada.) ¿Qué haremos para olvidar, para que pase el tiempo sin sentirlo?... A lo mejor sería bueno drogarnos..., o algo así..., no sé... (Parece desamparada.) ¿Tampoco tú puedes consolarme, Ramón?

(RAMÓN desconcertado y temeroso, se abraza a MARÍA.)

(Igual.) Si encuentras una copa de *champagne* por ahí, brindaremos por nuestro futuro.

RAMÓN.- (Angustiado.) María Dubrovka, mírame. ¿Me reconoces?... ¿Sabes quién soy?

MARÍA.- (Igual.) ¿Para qué quieres que te mire?... Desde hoy serás otro hombre..., al que no había visto antes.

RAMÓN.- (Igual.) Abre los ojos, mírame, no llores... Ya me has asustado bastante, ¿no crees?

MARÍA.- (Con una tenacidad pueril.) ¡Pero qué fastidio!... He dicho que no te conozco. Deseo con toda mi alma que nazcas otra vez.

RAMÓN.- Seré lo que quieras, María... Dime lo que debo hacer.

MARÍA.- (Con amargura.) Nacer de nuevo, ya te lo he dicho... No comprendes porque nunca fuiste capaz de ser nadie... Te conformas con adaptarte..., y lo haces muy bien, te lo aseguro. Bailas espléndidamente al son que te tocan.

(RAMÓN adopta una actitud sumisa en extremo y habla con voz plañidera. Hace ademán de masturbarse.)

RAMÓN.- Sí; soy tu zascandil, tu correveidile, el chico de los recados, el ascensorista y el mozo de la limpieza. Juegas conmigo como con una muñequita de cartón y dejo que juegues con las cartas marcadas... .. Cuando vienen tus amantes a calentar tu cama, he de salir por la claraboya y perderme cuánto más lejos mejor... Si es que no deseas que os sirva de mamporrero... Lo hago muy bien, ¿verdad?... Lo has comprobado tantas veces...

MARÍA.- **(Con energía.)** Levántate de ahí... ¿No querías que te mirase a los ojos?... Mírame tú, fijamente.

(RAMÓN se ha incorporado y mira a MARÍA tembloroso.)

Vamos a actuar solos, desde este mismo momento. Sin amantes ni curiosos. Me he cansado de que todo el mundo se crea con derecho a compartirme.

RAMÓN.- **(En voz quejumbrosa, como un recitado.)** Pero cómo vas a retirarte ahora... Cuando el Consejo de Ministros te otorga la Medalla de Oro de Bellas Artes... El Rey ya ha concedido audiencia para felicitarte...; te la impondrán en un acto solemnísimo... Te recibirán en la Academia. Estás invitada por el Nuncio y por los Embajadores americano y soviético.

MARÍA.- **(Con descaro.)** Barrigas encorsetadas, impotentes. No son jóvenes ni hermosos.

RAMÓN.- **(Insistente.)** El Nuncio puede conseguirte incluso un desayuno en el Vaticano.

MARÍA.- **(Igual.)** ¿Y qué le voy a decir yo al Papa? ¡Con la fama que tengo!..., prefiero que el embajador ruso organice una recepción en Siberia..., a cuarenta grados bajo cero... Así podré lucir mis últimas y costosísimas pieles. **(De pronto se interrumpe. Parece consternada. Cambia de tono, para hablar con gran seriedad y convicción.)** Es imposible, Ramón, abandono. He dejado de ser actriz.

(RAMÓN adopta una actitud amable, persuasiva, cordial.)

RAMÓN.- Está bien, muy bien, María Dubrovska. Pero debes al menos despedir tu carrera con un gran recital... Muestra, por última vez tu arte... Hazles ver lo que pierden.

(RAMÓN **coloca diversas prendas vistosas y bellas sobre MARÍA. Pone una túnica sobre los hombros de MARÍA.**)

Esta túnica de terciopelo dorado te sienta de maravilla..., ilumina tu rostro... Mírate al espejo.

MARÍA.- (**Caprichosa.**) No quiero mirarme. Estoy haciéndome vieja, Ramón.

RAMÓN.- Será mejor que esperes un poco para envejecer. (**Pone un sombrero a MARÍA.**) Pareces una emperatriz, María Dubrovska.

(RAMÓN **observa complacido los atavíos de MARÍA.**)

MARÍA.- No querrás que haga el ridículo, ¿verdad?

RAMÓN.- (**Fatuo, melodramático.**) Conozco un jeque árabe, de fabulosa, incalculable fortuna que te cubriría de oro, si pudiese tocar, rozar ligeramente con sus labios, suspirar junto a tu corazón...

MARÍA.- (**Interrumpiendo, con desgarró.**) Junto al pezón izquierdo.

RAMÓN.- (**Igual.**) Eres deslumbrante, María Dubrovska..., imprevista, paradójica.

MARÍA.- (**Desgarrada.**) Y tú estás lleno de mierda. No sabes más que decir estupideces... Lo que pasa es que te da miedo quedarte a solas conmigo. Eres un cobarde.

RAMÓN.- (**Igual.**) Las joyas refulgen como estrellas en tu piel nacarada.

MARÍA.- (**Igual.**) Eres tan servil que me muero por pisotearte.

RAMÓN.- (**Igual.**) Es el privilegio de las celebridades.

(MARÍA parece ceder en su ímpetu, aunque golpea en realidad casi sin ganas a RAMÓN. Su voz es conciliadora.)

MARÍA.- ¿Es que no lo entiendes? Lo único que deseo es actuar para ti; te dedicaré mi arte y mi destino. Nunca has de cansarte... Podré comprobar cómo aman los hombres la esclavitud. Es una pasión conmovedora.

RAMÓN.- Sujétame con una cadena de oro... Soy tu trovador, el bufón de tus caprichos.

MARÍA.- (Cansada, persuasiva.) ¡Ya está bien, cariño! Sonríe..., y no pongas esa cara de memo. Siéntate y escucha...

Te doy mi cuerpo y mi arte... Es un regalo llovido del cielo, que nunca te atreviste a soñar... Si quieres drogarte conmigo, compartiremos el vómito y la fantasía. Sólo te pido una cosa: jamás me recuerdes que vivo en el mundo. No intentes que vuelva al teatro... Ah, tendrás que aplaudir siempre, sin abandonarte al cansancio, ni al tedio, como si actuáramos en una sala inmensa y el patio de butacas se encontrase lleno totalmente... Recogerás los aplausos..., y, acercándomelos, me harás sentir que sigo siendo la mejor.

RAMÓN.- (Ha tomado conciencia, apesadumbrado.) Será un futuro triste, María Dubrovská, triste y agobiante.

MARÍA.- Habrás de tener mucha paciencia.

RAMÓN.- (Irónico.) E inmejorable salud...

MARÍA.- ¿Aceptas el trato?

(RAMÓN se encoge de hombros.)

No te queda otro remedio.

RAMÓN.- (Resignado.) Se hará como tú quieras. Ya sabes que no puedo elegir.

MARÍA.- (Condescendiente; incluso, cariñosa.) Hace falta valor para quedarse solo conmigo. Hay que reconocerlo... Estoy empezando a pensar que no eres tan miserable como pareces.

RAMÓN.- (Asustado.) Ayúdame, María, ayúdame, no me dejes, tengo miedo.

(Se escuchará una sinfonía de Schumann; las luces irán siendo más débiles, los movimientos de nuestros personajes se harán lentos, significativos.)

MARÍA.- (Acaricia a RAMÓN.) No pienses en nada, no te asustes... Déjate abandonar, sueña. No nos separaremos; desde hoy, siempre hemos de estar juntos.

(MARÍA abraza a RAMÓN. Éste se refugia en su pecho temblando. Parece sollozar. MARÍA animosa.)

Estoy contigo, Ramón... ¿Qué más necesitas?

RAMÓN.- (En voz entrecortada.) Nada, María, nada; perdóname.

MARÍA.- Pequeño mío, te sigo queriendo..., te querré siempre.

RAMÓN.- Ayúdame. No me dejes... Estoy muy solo.

(La luz casi apagada.)

MARÍA.- (Animosa, parece querer envanecerse a sí misma.) Pero qué cosas dices... Hablas como un niño, no crecerás nunca. ¿Cómo voy a dejarte? ¿Qué haría sin ti?... viviremos juntos. Y moriremos, moriremos también juntos, naturalmente. No quiero imaginar siquiera lo que sería de nosotros si no fuera así.

(Se hace el oscuro.)

Muy débilmente iluminado el escenario, se escucha a MARÍA que habla en tono compungido.)

¿Dónde estás? No puedo verte... Acércate, por todos los santos, acércate. Quiero tocar tu cara. ¿Dónde te metes? (**Corre, desalentada, de un lado a otro del escenario.**) ¿Es que vas a darme una sorpresa, amor mío?... Huelo tu apestoso aliento. ¡Estás cerca!

RAMÓN.- (Asustado.) Has escondido la lámpara.

MARÍA.- (Ríe estridente.) Júrame que me besarás con la boca cerrada.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Dónde la has puesto?

MARÍA.- (Ríe.) Me he quedado ciega de repente.

RAMÓN.- (Furioso por el temor.) Te has vuelto loca. Enciende la luz.

MARÍA.- Y la luz se hizo.

(Se ilumina el escenario y se ve a MARÍA con los ojos extrañamente enrojecidos, como si los tuviera quemados.)

RAMÓN.- (Retrocede atemorizado.) Tienes los ojos abrasados.

MARÍA.- (Mordaz.) Pronto serán de un suave color ceniza.

RAMÓN.- Sí, te has vuelto loca, es cierto..., rematadamente loca.

MARÍA.- (Igual.) Loca era cuando recorría el mundo luciendo mis habilidades de mona de feria.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Qué te has hecho en los ojos?

MARÍA.- Me despido del circo, Ramón. Con el ardor de su fuego en mi cara. (**Tantea como si estuviera ciega.**)

RAMÓN.- (Desolado.) Pero ¿es que no ves? ¿de verdad, no ves?

MARÍA.- (Triunfal.) Te he dicho que estoy ciega.

RAMÓN.- (Angustiado.) ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?... Es un mal sueño, dime que es sólo un mal sueño, María.

MARÍA.- (Divertida.) No me seas pazguato... ¿Acaso, me casé con un hombre asustadizo?

RAMÓN.- (Igual.) Quieres destruirte, ¿verdad? María Dubrovska, tú eres fuerte..., ¿es que vas a suicidarte? ¿Por qué me odias tanto?

MARÍA.- (Apasionada.) Las personas, la vida, la gente, todo..., el mundo todo me enoja... Yo misma me veo en el espejo y siento náuseas.

RAMÓN.- (Grita exasperado.) El público te adora.

MARÍA.- (Furiosa.) ¡Esos salvajes! Vociferan, gritan, aplauden como eso, como salvajes. No, no me adoran... Desean destrozarme, hacerme jirones el cuerpo, a dentelladas. Ellos sí que me odian.

(RAMÓN desesperado, hunde la cara en el pecho de MARÍA.)

RAMÓN.- No hables así. Estás ofendiendo a Dios.

MARÍA.- (Desgarrada.) Ese Dios que viene a los labios cuando nos falta la esperanza... Debe de ser muy desgraciado. Estoy segura de que preferiría vivir en el olvido.

RAMÓN.- (Compungido.) Estás anunciada en París, en Nueva York..., Buenos Aires.

MARÍA.- (Más suave, pero segura.) Siento tan lejanas todas esas ciudades...

RAMÓN.- (Igual.) No pensarás salir a escena con esos ojos.

MARÍA.- (Algo enojada.) No voy a salir a escena, no volveré a actuar. ¿Cómo quieres que te lo diga?

RAMÓN.- (Con cierta resolución.) Ya está bien, María. No pienso seguirte el juego.

MARÍA.- (Desdeñosa.) Tú también fuiste actor, ¿lo recuerdas?... Aunque nunca muy bueno. No pasaste de meritorio.

RAMÓN.- (Igual.) Basta, digo. No tengo ganas de bromas.

MARÍA.- Bromas, ¿dices?... Allá tú; ya te convencerás... Pero vamos a empezar. Estoy loca por escuchar tus primeros aplausos.

RAMÓN.- (**Aplaude con frialdad.**) No puedo sustituirlos. Siempre te sonarán a pocos.

MARÍA.- (**Entusiasmada.**) Así, así, sigue..., sigue. Lo haces muy bien, Ramón... ¿No ves? Cuando se pone interés, las cosas salen de maravilla... No pares... (**Soñadora.**) Siempre dijiste que era la mejor..., ¿no?... ¿Por qué no contestas? ¿Es que me mentías?

RAMÓN.- (**Sigue aplaudiendo.**) Es una borrachera, María Dubrovska, que durará muy poco.

MARÍA.- (**Resuelta.**) Tú aplaude y déjate de pamplinas... ¿Te he dicho ya para qué he comprado el biombo? (**Se muestra muy activa: va de un lado para otro, arreglando las ropas; coloca el biombo en el centro; y no deja de hablar.**) No creas que ha sido por tener un trasto más... Bastantes hay ya... Pasaron los tiempos en que me pirraba por los anticuarios... No cabe nada en esta habitación..., habrá que empezar a tirar cosas.

(RAMÓN mira perplejo a MARÍA. Está inmóvil, perdido.)

Ni siquiera podemos movernos. Apenas, cabemos los dos..., (**Ríe desdenosa.**) en el saloncito Luis XV, ¡qué tontería!... Ahora que tengo los ojos apagados, lo veo como es: un cuchitril... Me encuentro tan a gusto entre estas cuatro paredes, Ramón. Ha llegado el momento de tirar la casa por la ventana.

RAMÓN.- (**Desconcertado.**) Pero esa desenvoltura..., ya no estás ciega.

MARÍA.- (**Ríe divertida.**) ¡Qué alegría! Yo que me creía desahuciada... Entonces, el mal ha sido pasajero... Estupendo. (**Tropieza con el biombo, como para desmentir a RAMÓN y lanza una exclamación.**) ¡Joder! Te quedas ahí parado como siempre. Ven a cogerme de la mano.

(RAMÓN se acerca y toma a MARÍA por la mano.
MARÍA más dulce.)

Has de acostumbrarte a ser mi lazarillo.

RAMÓN.- (Con un gesto de dolor.) No me claves las uñas. Estás haciéndome daño.

MARÍA.- (Voluptuosa.) Si es sólo una caricia... Qué hombre más desagradecido.

RAMÓN.- ¿A dónde quieres que te lleve?

MARÍA.- (Igual.) Se abre un horizonte lleno de sorpresas... La fantasía desplegada a los cuatro vientos..., el corazón rebosante de ternura.

RAMÓN.- (Quejumbroso.) No aprietes tanto. Me vas a romper la mano.

MARÍA.- Quejica, no sabes más que lamentarte... **(Con entusiasmo.)** Detrás del biombo hay ropa, mucha ropa, montones de trapos de todos los colores: zapatos de raso, enaguas bordadas, manteletas de Holanda, medias de seda..., ¡qué sé yo! Para volver locos a los hombres y representar todas las comedias que hay escritas..., las que han imaginado y nunca se escribirán... Ve detrás

(Empuja a RAMÓN.)

Échame las prendas deprisa... Por encima del biombo.

(RAMÓN va detrás del biombo y comienza a lanzar prendas, al tiempo que las nombra.)

RAMÓN.- Faldita de campesina alsaciana, para una función de coros y danzas; minifalda pop color violeta profundo, especialmente diseñada para mostrar el culo; vestido con barbero tinto en sangre, que, recuerda horribles sacrificios.

MARÍA.- (Enojada.) ¡Cállate! Me irritan los comentarios.

RAMÓN.- Entonces, ¿qué puñetas hago?

MARÍA.- (Gime histérica.) No tengo qué ponerme. Soy una desgraciada.

(RAMÓN asoma por detrás del biombo. Se muestra enojado. MARÍA grita histérica.)

Escóndete ahí detrás, otra vez.

RAMÓN.- (Retrocede asustado.) Llama al modisto, al coreógrafo. Ellos te darán ideas.

MARÍA.- (Igual.) Tienes que ayudarme, cariño. Ya no hay nadie que me aconseje. Todos se han ido.

RAMÓN.- Eres astuta, María Dubrovská. Y muy terca cuando algo se te mete entre ceja y ceja... Pero no me engañas, querida.

MARÍA.- (Burlona.) No me engañas, querida, no me engañas... **(Iluminada por una idea genial.)** Ah, Ramón, ya lo tengo... Será un acontecimiento... Pantalones vaqueros y un jersey de cuello alto... Búscalos, mira bien... Tú te vestirás de obrero..., pero un mono limpio..., no confundas las cosas como siempre... Digno, sobrio, no vayas a parecer un mendigo.

(RAMÓN lanza con violencia los pantalones y el jersey.
MARÍA chilla.)

Habrás visto salvaje. No pensarás que voy a vestirme en el saloncito.

RAMÓN.- (Furioso.) Haz lo que te salga de ahí...

MARÍA.- (Igual.) ¡Puerco! Lo que quieres es que todos me vean en pelotas.

RAMÓN.- (Igual.) Y bien grandes que las tienes, ¡enormes!

(MARÍA recoge furiosa la ropa, en un amasijo, y va detrás del biombo. A continuación, se sucede un diálogo rápido con acelerados cambios de luces.)

MARÍA.- Aparta, imbécil.

RAMÓN.- (Amenazador.) Si me empujas no sé cómo me voy a arreglar.

MARÍA.- (Con gran desdén.) ¡Qué habrás sabido tú nunca!

RAMÓN.- Me ahogas... Hace un calor infernal.

MARÍA.- (Igual.) Pues abrásate el obispillo.

RAMÓN.- ¡Y una mierda!

MARÍA.- Te permito esa grosería porque no puedo moverme.

RAMÓN.- Me estás clavando el codo.

MARÍA.- No te escucho. Estoy muy ocupada.

RAMÓN.- Me aplastas los huevos.

MARÍA.- (Furiosa.) Espera que esto termine. Te vas a tragar las palabras soeces... Y, ahora, venga, ponme los pantalones.

(Se escuchan ruidos y murmullos. Parece que están haciendo un gran esfuerzo.)

RAMÓN.- Si no te caben, mujer. ¡Vaya ocurrencia has tenido!

MARÍA.- (Chilla.) ¡Guarro! ¿Es que estás llamándome gorda?

RAMÓN.- Si gritas lo deajo.

MARÍA.- Vas a trabajar sólo para mí. Ya te lo he advertido. Nunca te cansarás de aplaudirme.

RAMÓN.- (Refunfuñando.) Pues mira que la blusa, ¿no has encontrado una más pequeña?

MARÍA.- Me has perdido el respeto..., y te va a costar caro.

RAMÓN.- (Exhausto.) Es que no lo soporto más.

MARÍA.- Pronto te cansas..., y no hemos hecho más que empezar... Es muy cómodo dejarse llevar, si todo va viento en popa... Lo difícil, claro, es adaptarse cuando vienen mal dadas... Nunca has sabido vivir con estrecheces... Eres un inútil.

RAMÓN.- (Abandona.) Renuncio, no puedo apretar más.

MARÍA.- ¿Sabes, eunuco, que estás sacando los pies del plato?... No sé cómo puedo sufrirte.

RAMÓN.- ¡Quita! Hueles a sudor. ¡Qué mareo!

MARÍA.- (Irritada.) Hasta tus insultos son ridículos..., pero no te preocupes que ahora viene lo bueno..., te voy a domesticar, no desesperes... Aunque de momento vamos a guardar las apariencias..., A ver si, al fin, consigues que entre en esos pantalones. **(Sale de detrás del biombo sudorosa y jadeante, enfundada en unos pantalones vaqueros desteñidos y en un jersey sucio y deshilachado. Da un manotazo al biombo y éste se derrumba con estrépito. Con tono convencional.)** ¡Qué polvareda has levantado! ¡...Como si no se barrierá nunca el saloncito...! **(Con súbita energía.)** Sal inmediatamente de ahí.

(RAMÓN emerge del barullo formado por el biombo y los trapos caídos.)

RAMÓN.- (Con voz que parece remota.) Ya voy, María Dubrovska. Me duelen todos los huesos.

MARÍA.- Debes adelantarte a mis deseos..., acudir antes de que te llame.

(RAMÓN sale estrafalario y polvoriento, con una suerte de traje de húsar de vivos y variados colorines, gasas flotantes y estrellas de purpurina.)

(Enojada.) Pero ¿qué te has puesto?... ¡Vaya adefesio!

RAMÓN.- (Enfatuado, pueril.) ¿Es que no me encuentras guapo?

MARÍA.- (Aspaventera.) ¡Qué desgracia más grande! Jamás adivinas mis pensamientos.

RAMÓN.- (Igual.) Pues a mí me parece un traje vistoso... y muy llamativo.

MARÍA.- (Igual.) No cabe duda. Igual que un travesti... y que los travestis me perdonen. Tienen bastante mejor gusto que tú.

RAMÓN.- ¿No es eso, precisamente, lo que te encanta de mí?

MARÍA.- (Igual.) ¡Una mariconada!

RAMÓN.- (Se encoge de hombros.) Bueno... si te divierte...

MARÍA.- Sí, señor, una mariconada. Aunque te moleste, lo digo muy alto... ¡Una mariconada!

RAMÓN.- En otro tiempo te agradaban los colores chillones.

MARÍA.- (Burlona, evocadora.) El Gran Príncipe de Westfalia, ¿verdad? ¿Palafrenero de la Real Casa? ¿Tal vez, mariscal de campo a las órdenes del Magnífico Señor?... **(Súbitamente enérgica.)** Historias de tiempos remotos que ya no me hacen maldita gracia... ¿No te has enterado aún de que soy una mujer nueva?... Y tú volverás a nacer, por más que no quieras.

RAMÓN.- (Mordaz.) Por lo que puedo observar, tu ceguera, María Dubrovska, ha desaparecido por arte de encantamiento.

MARÍA.- (Algo desconcertada.) ¡Paparruchas! Veo con los ojos del alma... Y no te confíes... Seré ciega para el mundo, pero a ti te vigilo sin cesar, noche y día.

RAMÓN.- (Igual.) ¿No querrás que me cambie de traje, otra vez?

MARÍA.- Bueno, por ser el primer día te lo aguanto... Métete bien en esa cabeza de chorlito que ésta es la última vez que me desobedeces, ¡dije que te vistieras de obrero...!

RAMÓN.- Pero no de mendigo.

MARÍA.- (Irritada.) ¡No me repliques!... Échate cualquier trapo por los hombros..., una gabardina con manchas, no sé... algo que te haga creíble... **(Enfurrugada.)** Desde luego, el decorado no nos ayuda... Pero es en ocasiones como ésta cuando se demuestra quién es un actor ¡de verdad!... Empecemos. **(Coge un periódico y se sienta en la mecedora, parece enfrascarse en su lectura.)** Sal un momento y vuelve a entrar. Vienes del trabajo, hecho polvo.

RAMÓN.- (Cansado.) ¿No sería lo mismo sin salir...?

MARÍA.- (Imperativa.) Haz lo que te digo.

(RAMÓN, con aire cansino, va hacia la salida. MARÍA despectiva.)

Vaya una facha...

(RAMÓN sale y vuelve a entrar, lleva una gabardina sobre los hombros. Parece cansado, envejecido. MARÍA lee muy interesada. Sobresaltada.)

¡Carajo!

RAMÓN.- ¿Qué ocurre?

MARÍA.- Te presentas, de repente, sin hacer el menor ruido. Como una aparición.

RAMÓN.- (Tontamente.) Mismamente de puntillas.

MARÍA.- Pues me has dado un buen susto.

RAMÓN.- (Farfullando.) Estará lista la cena, ¿no?

MARÍA.- Déjame leer. Espera un poco.

RAMÓN.- Vengo muerto de hambre.

MARÍA.- (Distraída.) No piensas más que en comer.

RAMÓN.- (Molesto.) Porque echo el bofe trabajando... No como otros.

MARÍA.- (Descarada.) ¡Como otras! ¿No es eso lo que quieres decir, pichón?

RAMÓN.- (Se sienta abatido.) Ya estamos... Vuelta a empezar.

MARÍA.- (Excitada.) ¡No es posible!... Mira lo que pone aquí.

RAMÓN.- Estoy agotado.

MARÍA.- (Igual.) A la María Rosa le han tocado las quinielas. Quince millones ochocientas cuarenta y siete mil.

RAMÓN.- (Cansino.) Ah, sí... ¿En qué piensa gastarlas?

MARÍA.- (Igual.) ¡Eres idiota!

RAMÓN.- (Igual.) Y ¿quién es esa María Rosa?

MARÍA.- No te hagas el tonto... ¿Crees que no veo cómo se te alegran los ojillos cuando te cruzas con ella?... Aquí lo dice bien claro... Lo que pasa es que es una chica lista..., y tiene un marido atento que se desvive por ella. No olvida una sola semana recoger los boletos..., los rellenan juntos todos los viernes... Después, él corre a sellarlos, es capaz de hacer cola durante horas... Eso es cariño... No le importa nada. Lo hace con alegría, los sacrificios que hace por su mujer para él no son sacrificios. **(Tono monótono insistente.)** Ahora, naturalmente, disfrutarán juntos las ganancias, verán hechas realidad sus más viejas ilusiones..., y se sentirán unidos, enamorados, como si acabaran de casarse.

RAMÓN.- (Con rencor.) No te fíes de lo que dicen los periódicos... Lanzan noticias falsas para vender más.

MARÍA.- Eso quisieras tú para no tener que ocultar la vergüenza que, no sé siquiera, si eres capaz de sentir. O, ¿es que vas a atreverte a mirarme a la cara, después de esto?

RAMÓN.- (Aburrido.) Después de ¿qué?

MARÍA.- De hacerme perder millones que habrían resuelto nuestro futuro.

RAMÓN.- Seguramente es mentira. La gente no sabe rellenar los boletos..., y, además, les gusta mucho presumir de lo que no tienen... ni tendrán nunca... Esa María Rosa debe de ser idiota.

MARÍA.- El idiota eres tú, ¡holgazán!

RAMÓN.- (Herido.) No es precisamente un placer trabajar catorce horas diarias..., y, a veces más, para esos explotadores.

MARÍA.- (Mordaz.) No irás a entonar la salmodia, ¿verdad? **(Con dureza.)** Lo único que sucede es que nunca has tenido iniciativa.

RAMÓN.- (Igual.) Y tú te pasas el día leyendo periodicuchos que no dicen más que mentiras. Fantasías, fantasías y sandeces son todo lo que cuentan.

MARÍA.- (Hiriente.) Podría ocurrírsete algo... Ya ves como Enrique, ese amigo tuyo..., de no sé qué..., se ha establecido por su cuenta.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Enrique?... Un presuntuoso..., y un analfabeto...

MARÍA.- (Interrumpiendo.) Sí, analfabeto, analfabeto, hay que usar la cabeza alguna vez..., echarle imaginación a la vida.

RAMÓN.- Buen ejemplo has ido a poner... Enrique..., si no tiene idea de los negocios. Ya verás qué pronto se estrella. Tú misma lo dijiste.

MARÍA.- Es muy fácil hablar mal de la gente, claro..., cuando no se sabe hacer otra cosa.

RAMÓN.- Además, no creo que tenga la conciencia muy limpia... Siempre ha sido de manos largas.

MARÍA.- Vaya, todos los que triunfan son unos ladrones, ¡pachasco!... Y con eso te consuelas..., como si fueras un tonto..., o es que te estás volviendo lelo...

RAMÓN.- (Fatigado.) Está bien, María... Llego del trabajo, que no me tengo en pie, con ganas de cenar y acostarme..., y tú me hablas de ese Enrique de todos los demonios.

MARÍA.- (Mordaz, hiriente.) ... Que, según me han dicho, te ha retirado el saludo.

RAMÓN.- (De pronto, enojado.) Porque es gilipollas... Y a ti te hace gracia.

MARÍA.- ¡No me grites! **(Furiosa.)** Pero... pero, ¡pero qué pobre hombre!

(RAMÓN, muy enojado, da un manotazo al periódico, que se rompe.)

RAMÓN.- ¡A la mierda! ¡Estoy harto! Deja ese periódico.

MARÍA.- No me da la gana. **(Coge un trozo del periódico roto y se enfrasca, obstinada, en su lectura.)**

RAMÓN.- (Furioso. Hace intento de salir.) Supongo que, al menos, estará hecha la cama.

MARÍA.- (Sin levantar la vista.) ¡Ah!, no, las sábanas aún están mojadas...

RAMÓN.- (Furioso.) ¿Es que quieres que no vuelva a aparecer por casa?

MARÍA.- (Igual.) No me amenazas, yo no tengo la culpa. La lavadora se ha roto otra vez.

(RAMÓN sale, dando muestras violentas de enojo.
MARÍA grita al advertir que RAMÓN sale.)

¿De dónde la sacaste? De un basurero, seguro... Y la repintaste para engañarme diciendo que era el último modelo.

(RAMÓN se asoma a la salida.)

RAMÓN.- ¿Sabes lo que hay en preparación?

MARÍA.- (Enfrascada en la imposible lectura.) No me interrumpas. Estoy leyendo algo interesantísimo.

RAMÓN.- ...Una reducción de plantilla.

MARÍA.- (Igual.) ¿Y eso qué es?

RAMÓN.- Que las cosas vienen mal dadas.

MARÍA.- ¡Vaya una novedad! ¡Como si hubiera sido alguna vez de otra manera!

RAMÓN.- Sobramos..., la empresa está a punto de quebrar. Van a despedir a muchos empleados.

MARÍA.- (Rotunda.) A ti el primero, es claro.

RAMÓN.- Pero tú seguirás leyendo periódicos atrasados y, además, rotos.

MARÍA.- (Con frialdad.) Porque eres un animal.

RAMÓN.- (Irritado.) ¿Es que no puedes hacerme caso una vez, siquiera?

MARÍA.- Para lo que hay que escuchar. (**Despectiva.**) No me molestes, déjame en paz... Esto es interesantísimo.

RAMÓN.- (**Aburrido, triste.**) Sí, debe de ser apasionante... Cada cual sueña como puede.

MARÍA.- (**Enojada.**) ¡Qué más da que te echen!... Si no vamos a salir nunca de pobres...

RAMÓN.- Otros matrimonios se conforman. Corren tiempos difíciles... No somos nosotros solos.

MARÍA.- (**Enojada y sardónica.**) Pasamos hambre, ¿por qué no quieres decirlo?, ¿es que no te atreves?..., pero no importa, no te preocupes... Me he puesto a dicta..., es lo mejor, ¿no crees?..., si tú hicieras lo mismo, al menos no molestarías tanto... Además, te pondrías tan guapo con una cura de adelgazamiento... (**Da un grito. Parece haber leído una noticia maravillosa. Da un brinco.**) Escucha lo que dice aquí... Se necesita hombre de buena presencia, treinta o cuarenta años, simpático y culto, imprescindible conocimiento del inglés y experiencia en el ramo de hostelería, preferentemente en cabarets, music-halls, salas de fiestas o similares. Abstenerse tanto gorilas como *locas*. Trabajo discreto en ambiente agradable. Espléndida remuneración... Interesante, ¿verdad? Puede ser una buena cosa.

RAMÓN.- (**Con gesto desdeñoso.**) Cualquier porquería... No me gustan los anuncios equívocos.

MARÍA.- (**Brutal.**) El señorito ya está haciendo ascos... No irás a decirme que tienes escrúpulos.

RAMÓN.- No comprendo cómo te fijas en esos trabajos.

MARÍA.- (**Igual.**) Pues, ¿sabes lo que te digo? Cuando no se sirve para otra cosa, se guarda uno los remilgos dónde le quepan..., si es que aún le queda algún sitio en que meterlos.

RAMÓN.- (**Furioso.**) Enséñame cómo se hace, que tú debes ser maestra. Tienes que arreglártelas de maravilla.

MARÍA.- (**Hiriente.**) Todavía eres atractivo..., alto y guapote..., las mujeres te miran... Y, si mal no recuerdo, discretamente dotado..., ninguna cosa del otro mundo..., pero capaz de hacer pasar un buen rato a esas infelices... Un galán de cine, para las señoras virtuosas..., de quita y pon... Las pobrecillas están tan aburridas de sus maridos.

RAMÓN.- (Enojado.) Si te apetece, te prostituyes tú. A mí vete olvidándome..., al tam-tam y con mucha devoción.

MARÍA.- (Furiosa.) ¡Chulo!... ¡Indecente!... ¿Dónde aprendes esas ordinarieces?... Ni que trabajaras en un prostíbulo... Y, luego te pones estrecho como una damisela... ¿Es que tienes miedo de que te violen?

RAMÓN.- (Cansado.) Sí, ahora hazte la tonta... Como si no supieras lo que esconden esos anuncios.

MARÍA.- Es un trabajo como otro cualquiera, y algún dinerito nos proporcionaría..., para hacer llevadera tanta miseria.

RAMÓN.- (Igual.) No me gustan los pases de modelos. Ya sé que soy imbécil, pero no estoy dispuesto a mostrárselo al mundo.

MARÍA.- (Despreciativa.) Quisiera el gato lamer el plato... Como que te iban a llamar para eso... Estás echando barriga.

RAMÓN.- (Ofendido.) Pues cambia de hombre. Búscate otro.

MARÍA.- Demasiado tarde. Tengo la cara llena de arrugas; me cuelgan los pechos.

RAMÓN.- Entonces, tengamos la fiesta en paz... Y mira a ver si encuentras un trabajo mejor.

MARÍA.- Escucha, aquí..., un fin de semana en Londres. Barátísimo. Al alcance de un desgraciado como tú... De paso, puedo abortar.

RAMÓN.- (Abatido.) ¿Por qué no lees la página de sucesos? Tiene que ser muy interesante. Últimamente, pasan muchas cosas.

MARÍA.- (Abatida.) Viajaríamos a todas partes, recorreríamos el mundo... Me lo prometiste cuando nos casamos..., y todas las noches de fin de año, al sonar las doce campanadas... Ese día se te alegran los ojos con el *champagne* que nos regala mi padrino..., y te pones tierno, los ojos llenos de lágrimas..., haces grandes proyectos y aprovechas para magrearme. ¡Qué asco!

RAMÓN.- No debimos casarnos, María, no debimos hacerlo.

MARÍA.- (Irónica.) ¡Qué listo! En eso tienes razón. Pero ya no tiene remedio. Y además, estoy embarazada.

RAMÓN.- (Furioso.) Si no hay nada para cenar me voy a la cama ahora mismo. **(Inicia la salida.)**

MARÍA.- (Con voz acariciadora.) No te vayas todavía, Ramón, no seas egoísta... Estoy todo el día sola, dándole vueltas a la cabeza para encontrar una solución... Voy a volverme loca... ¿No me has oído? He dicho que estoy embarazada.

RAMÓN.- (Hiriente.) Si se te ocurre tener un hijo, lo mato.

MARÍA.- (Asustada.) No digas eso. Me da mucho miedo.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Por qué no pruebas a suicidarte?

MARÍA.- Eso es lo que quieres..., porque no tienes valor para acabar tú conmigo.

RAMÓN.- (Igual.) Demasiadas complicaciones... No vayas a creerte todos esos folletines que cuentan los periódicos.

MARÍA.- (Mimosa.) Tengo frío, Ramón... Los hombres sois imposibles. Nunca comprendéis lo que pasa en el corazón de una mujer... Si supieras que sólo pienso en ti..., espero tus caricias... Y las noches son cada vez más oscuras... Te encierras en ese silencio doloroso..., y no tienes ojos para ver mis lágrimas.

RAMÓN.- No sé por qué será que todo lo que hablas me suena a falso. Todo es mentira.

MARÍA.- ¿Es que no existe nada que nos una?

RAMÓN.- (Tajante.) No. Por favor, déjalo ya. Me haré yo la cena. Si es que queda algo en la despensa.

(RAMÓN busca en el armario. Come alguna cosa. MARÍA lee el periódico.)

MARÍA.- Es maravilloso... Declaraciones exclusivas de la princesa Victoria... Han pasado la luna de miel en La Martinica... Es una mujer seria, de nuestro tiempo, consciente de su responsabilidad. Dice que su verdadera ilusión es vivir siempre cerca de su marido..., hacerle feliz... Se ve como cualquier esposa jugando con sus hijos, porque su mayor deseo es tener un enjambre de chiquillos, como los niños cantores... ¡Qué sencillez, Ramón! ¿Ves en lo que consiste la felicidad?

RAMÓN.- (Sarcástico.) Ahora se te cae la baba, encanto... ¡Precioso! Los suspiros de la puta sentimental son enternecedores...

MARÍA.- (Dolida, lee ávidamente.) No te hago caso... Cuando disparatas me voy muy lejos..., y no necesito moverme, te lo aseguro.

RAMÓN.- (Furioso.) No me hagas perder la paciencia...

MARÍA.- Vete a la cama.

RAMÓN.- (Igual.) Tú, también. Se gasta la luz.

MARÍA.- (Furiosa.) Te molesta ser amable, ¿verdad? Te comportas como un animal... **(Hiriente.)** Hoy me he encontrado con el administrador en las escaleras. ¿Sabes lo que me ha dicho?

RAMÓN.- (Igual.) Cualquier marranada... Es un cerdo que se cree con derecho a todo. ¿No te ha metido mano todavía?

MARÍA.- (Hiriente.) ¡Bah!, un señor amable que se compadece de una pobre mujer.

RAMÓN.- ¿No os reunís para tomar el té juntos? ¿Aprovecha para acariciarte los muslos mientras susurra palabras de amor?

MARÍA.- (Malévola.) Pues me ha dicho que si no pagas los seis recibos atrasados cortarán la luz.

RAMÓN.- Mejor. Así no leerás más periódicos.

MARÍA.- (Sin hacer caso.) Parece que en esto son muy estrictos. No sucederá como cuando reventó la cañería y se llenó la casa de mierda... **(Divertida, malévola.)** ¿Te acuerdas, Ramón, del número que montaste? Hasta los del sótano subieron, cubiertos de mierda... Y tú no sabías qué hacer. Deseabas que te tragara la tierra.

RAMÓN.- (Amenazador.) Te gusta recordar cosas desagradables. ¿Verdad, zorra?

MARÍA.- (Sin hacer caso.) Desde entonces nos desprecian.

RAMÓN.- (Igual.) ¡A ti!

MARÍA.- (Maligna.) Qué ridículo eres cuando te sientes importante, feroz, dueño de tu casa y de tu honor... Claro, como no tienes otro sitio donde desahogarte...

(RAMÓN, de un manotazo, arranca el periódico de manos de MARÍA, pero, como ésta lo sujeta con fuerza, se rompe cayendo trozos al suelo, mientras MARÍA se queda con unos papeles en las manos. Encolerizada.)

Eres un miserable... Mira lo que has hecho. **(Se arrodilla lloriqueando e intenta recoger los papeles que hay en el suelo. Lloriqueando.)** Era un periódico tan antiguo... Aún no habíamos nacido... Me lo dio mi madre cuando nos casamos y me dijo: María, casorio y mortaja del cielo bajan.

RAMÓN.- Tu madre era idiota.

MARÍA.- (Igual.) Solía decirlo todo en muy pocas palabras... Era una santa. También ella sufrió mucho.

RAMÓN.- Y tu padre tocaba el culo y mordisqueaba a sus cuatro hijas a la luz de la luna.

MARÍA.- (Igual.) ¡No seas odioso!... Ella te conocía..., y me advirtió..., cuando pasan las primeras ilusiones empiezas a quedarte cada día más sola... Si aprendes a soñar con vidas más felices aliviarás tus penas.

RAMÓN.- (Despreciativo.) Una familia de locos.

MARÍA.- (Rabiosa.) Un rompecabezas **(Chilla.)** Es imposible juntar todos los pedacitos... El domingo, en vez de quedarte en la cama, te dedicarás a poner en orden estos papeles.

RAMÓN.- (Igual.) Si lo estás leyendo desde hace cinco años.

MARÍA.- Pero no me lo sé todavía de memoria.

RAMÓN.- (Sarcástico.) Te traeré revistas pornográficas. Son más divertidas.

MARÍA.- (Histórica.) No quiero ver esa suciedad en mi casa.

(RAMÓN se acerca a MARÍA, con curiosidad. La agobia con su presencia.)

RAMÓN.- (Burlón.) ¿Por qué lloras?... Yo creía que eras feliz... Soy el bufón de todas tus horas. El servicial payaso de las bofetadas.

MARÍA.- (Chilla.) Te huele el aliento.

RAMÓN.- (Igual.) En lo bueno y en lo malo, en la prosperidad y en la desgracia... No lo olvides nunca, María.

MARÍA.- (Más calmada, sollozando en silencio.) Vivimos en la miseria Ramón, más pobres que las ratas... Peleo con ellas por los papeles y los mendrugos... Son insaciables y repugnantes... A veces me entran ganas de que me muerdan... Lo desean tanto... O de morderlas yo... Debe de ser una carne sabrosa.

RAMÓN.- Si salieras de casa, a lo mejor volaban de tu cabeza esos pensamientos negros.

MARÍA.- Ya bajo las escaleras..., hasta el portal.

RAMÓN.- (Hiriente.) Y tropiezas con el administrador, que espera escondido en el ascensor... para levantarte las faldas. La doncella cae rendida en sus brazos temblones y fofos.

MARÍA.- (Violenta.) Eres indecente, Ramón..., un canalla... Tus pensamientos son viles...

RAMÓN.- (Sarcástico.) Hablas muy bien últimamente.

MARÍA.- Fui la primera actriz de la Comedia Francesa.

RAMÓN.- ¡Qué tontería! Para qué volver a la realidad. Con lo bien que lo pasamos insultándonos.

MARÍA.- Deberías dedicarte a los negocios.

RAMÓN.- ¿Qué negocios?

MARÍA.- Se hacen verdaderas fortunas... Podrías revender entradas de fútbol, o poner un puesto de pipas... Yo conozco a un abogado que vendía tabaco en una cafetería y le ha ido muy bien. Sus hijos se han hecho famosos.

RAMÓN.- (Sarcástico. Se acerca a MARÍA, mimoso.) María, hazme cosquillas detrás de la oreja. Por favor... En este momento, necesito que me hagas gozar.

MARÍA.- (Con gesto inocente.) ¡Qué pueril!... Por eso me gustas tanto. Me hago la ilusión de violar todos los días a un bebé.

(Sin cambiar el gesto, de pronto, muerde la oreja de RAMÓN, como si quisiera arrancársela.)

¡Qué asco! Sabe a pollo frito con compota de manzana...
¿Sientes algo, Ramón? Dicen que las orejas son una de las zonas más erógenas del cuerpo.

RAMÓN.- (Furioso.) Me estás haciendo daño.

MARÍA.- (Con dulzura.) Eso es lo que quiero.

RAMÓN.- (Igual.) Eres cada día más odiosa, María. (Logra liberar su oreja.) Debemos pensar seriamente en la separación... Nuestro matrimonio se ha vuelto imposible.

MARÍA.- Siempre lo fue.

RAMÓN.- Hemos llegado a una situación intolerable... Violencia física... Crueldad mental y sevicia... ¿No se dice así?

MARÍA.- Es una manera de demostrarte mi cariño... También las madres pegan a sus hijos cuando son traviesos... ¿O prefieres que te masturbe?... Me extraña que no me lo pidas. Lo hago a las mil maravillas, tú mismo lo dices. En otros tiempos más felices, me suplicabas de rodillas.

RAMÓN.- ¿Por qué no te acercas a la religión, María? Siempre es un consuelo... Especialmente para mujeres desesperadas.

MARÍA.- (Convencional.) ¡Oh!, la Misa del Gallo fue preciosa... La vi por televisión, mientras tú andabas de juerga, borrachuzo, con tus amigotes.

RAMÓN.- Estás cayendo en la vulgaridad, María... Te expresas como una vecindona. Es impropio de ti.

MARÍA.- (Molesta.) Se hacían lenguas de mi versatilidad. Procura no olvidarlo.

RAMÓN.- ¿Por qué no lees la página de sucesos? Te hará bien, seguro... Es lo que más te gusta, ¿no?

MARÍA.- Has destrozado el periódico. No leeré más.

RAMÓN.- ¡Bah!, hay muchos debajo de la cama.

MARÍA.- **(Con claro reproche.)** ¿Sabes que has tirado una fortuna, hala, en un momento de rabia?... Mi madre sabía muy bien lo que se decía... Hoy día se coleccionan. Se han llegado a pagar cinco mil dólares por un periodicucho de mil ochocientos ochenta, poco más que una gacetilla.

(RAMÓN saca montones de periódicos de la habitación, de detrás del biombo, etc.)

RAMÓN.- **(Enfático.)** Te recomiendo que los vendas en las esquinas... O, ¿por qué no los escribes tú misma? Así harás competencia a esos periodistas horteras... Lo que no es tradición es plagio, ya lo dijo alguien. Por eso, debemos aprender a amar las cosas antiguas... Son más armoniosas.

(Hablan como enajenados.)

MARÍA.- No intentes engañarme, Ramón. Todo lo que estás diciendo es mentira... Sé muy bien que te dan asco los periódicos amarillentos.

RAMÓN.- ¡Qué cosas dices! Sólo para fastidiarme... Con lo que a mí me gusta meter las narices en los pozos sucios... Por eso me casé contigo.

MARÍA.- Un matrimonio nulo. Yo estaba muy ocupada recibiendo clases de arte dramático..., y no me enteraba de nada. Me pillaste desprevenida.

RAMÓN.- Te he dicho que leas la crónica de sucesos. Puedo sugerirte la forma de acabar conmigo.

(MARÍA se levanta con brusquedad dando un empujón a RAMÓN y, rápidamente, sale por la puerta que comunica con el dormitorio.)

MARÍA.- (Al salir.) Te haré pagar todas las humillaciones. Te pondré en ridículo ante el público.

RAMÓN.- No te olvides de hacer la cama... Parece una leonera, con toda esa ropa sucia... Y recoge las colillas. Huele que apesta.

MARÍA.- (Asomándose, mordaz.) ¿Qué más desea el señor?... Hay escasez de doncellas. El servicio doméstico está en crisis... y tú eres amante de la suciedad. (Entra en la habitación.)

RAMÓN.- (Al público. Con voz pausada, calmoso, convincente.) Siempre hay alguien en el mundo que se empeña en hacernos hablar palabras carentes de sentido...; en que nos movamos sin ton ni son en los mil caminos que, sin saber adónde conducen, cruzan el escenario... Cuando no cabe duda de que lo mejor que podría ocurrir es que nos dejaran salir corriendo por el patio de butacas..., para sumergirnos en la noche y desaparecer en los vientos de la oscuridad.

Seguramente, os empieza a cansar tanta retórica... Es eso lo que estáis pensando en este mismo momento, ¿no es cierto?... No es mi culpa, creedme. Bien sabe Dios que lo mejor sería despedirme cortésmente de vosotros. Nada me podría causar mayor placer. Pero siempre hay alguien que se empeña en que permanezcamos de pie, en el escenario, abusando de vuestra paciencia, durante dos interminables horas.

(MARÍA entra llevando sobre los hombros una capa de pieles despeluchadas que llega hasta el suelo. En la cabeza se ha colocado un extraño casco, a modo de corona, que le da un aspecto grotesco.)

MARÍA.- (En tono agrio.) Ramón, las ratas han engordado mucho últimamente. Las alimentas en secreto.

RAMÓN.- Sí, les doy biberón y *yoghourt* desnatado.

MARÍA.- Me quitas el pan de la boca para ponerlo en las suyas.

RAMÓN.- Eso lo he oído alguna otra vez.

MARÍA.- (Orgullosa.) No me entiendes. Mi estilo es absolutamente original.

RAMÓN.- Ya sé que es imposible, pero tenemos que llegar a un acuerdo... Otro esfuerzo, María, no está todo perdido.

MARÍA.- (Altiya.) No hay acuerdos con canallas como tú... Voy a leer la crónica de sucesos únicamente porque me da la real gana. ¡Que conste! (**Saca de debajo de la capa un periódico amarillento, casi ilegible.**) Y es la última concesión que hago... Después, prepárate a sufrir... Estás acostumbrado a vivir muy bien, pero esas gollerías se van a acabar de una vez por todas.

RAMÓN.- (Suplicando.) El público tiene sus derechos.

MARÍA.- Debe entrar en la nueva idea del universo que le ofrezco... Sin ruptura no hay progreso, Ramón... En esto soy inflexible.

RAMÓN.- ...Pero si se aburren nos dejarán solos.

MARÍA.- (Despectiva.) Ese es su problema... Embrutecimiento o alegoría, es la única elección posible... Que cada uno saque las consecuencias que más le convengan. No volveré a ser la muñeca de nadie.

RAMÓN.- Estás llegando demasiado lejos. La admiración también tiene sus límites.

MARÍA.- (Igual.) ¡Qué cretino eres!... Aún no me conoces... Bien, se ha establecido un pulso mortal entre el pasado y el futuro, pero tú nunca apostarás por la aventura... Has nacido para obedecer y encima lo haces mal..., confundándolo todo y a regañadientes... Los hombres como tú deberían estar todos juntos en un rincón donde nadie los viera y desde el que no pudieran cometer más torpezas.

RAMÓN.- ¿Por qué no sigues hablando de las ratas? Te pareces mucho a ellas... Me excita ese hociquillo tan áspero.

MARÍA.- (Riendo.) Te has puesto colorado..., una pasión abominable. Eres un desviado sexual, ¿verdad?

RAMÓN.- (Sumiso, asustado.) María, quítate ese casco. Me da miedo verte así.

MARÍA.- (Igual.) Es una corona... Me la regaló el último descendiente legítimo del zar de Rusia... Al menos eso decía él... Pero la usaré como gorro de dormir. Me cisco en la realeza destronada. Son todos unos imbéciles que han perdido el tren de la historia... ¿No se dice así?

RAMÓN.- (Igual.) Espero que no estemos de pie toda la noche.

MARÍA.- (Igual.) ¿Te duelen los callos?

RAMÓN.- Cuando quieres ser graciosa lo estropeas... Tu risa es patética, María. Como una pesadilla.

MARÍA.- ¡Qué bien! Eso es lo que me gusta: verte temblar.

RAMÓN.- ¿O te has familiarizado tanto con el mal que sólo puedes gozar haciendo sufrir?

MARÍA.- A palabras necias... Ya se sabe. Este periódico es un asco... Hay días que no debería amanecer. El Oriente Express choca con un tren de mercancías y mueren veintitrés personas. Noche cerrada, la luna oculta tras la niebla impide las tareas de salvamento. Un espectáculo dantesco. Testigos presenciales han hablado de horrores apocalípticos. Madres separadas de sus hijos, esposas de sus esposos en su desesperación se devoran unos a otros. Un valiente soldado yace con los ojos abiertos, sorprendido en el momento álgido del coito: ha pagado su tributo de sangre lejos del campo de batalla... ¡Bah!, es decadente, pero no tiene fuerza... Estos reporteros de tres al cuarto no comprenden la verdadera naturaleza del mal.

RAMÓN.- ¡Repugnante!... Hurgas en la herida y salta pus mezclado con agua bendita.

MARÍA.- ¿Qué quieres que haga si no dan para más las noticias?... Te quejas de todo. Es imposible encontrar un relato del hundimiento del Titanic... Mi madre se pasó la vida buscando un periódico que dijera algo de aquel acontecimiento y se murió sin conseguirlo.

RAMÓN.- Ah, ¿por fin murió?... Qué alegría. Si supieras el alivio que siento.

MARÍA.- ...Y te maldice, desde su tumba te maldice... Te conocía bien. Por eso me aconsejó que no me casara contigo.

RAMÓN.- Empiezas a ser vieja, María, y te sientes cansada. Vas a tener que tomar una cura de aguas.

MARÍA.- Dije a todos los que querían oírme que no saldré nunca de esta casa.

RAMÓN.- ¿No hay ninguna noticia más?

MARÍA.- Te gusta, pillín, ¿eh?, te gusta. Tú también necesitas sensaciones fuertes... Eres como un mamoncillo destetado. Abres la boca porque ya no hay aire en esta habitación.

RAMÓN.- Lo que me gustaría es que te murieras ahora mismo.

MARÍA.- Ni le sueñes. Todavía tengo que dar mucha guerra... ¿Sabes que estoy preparando torturas especiales, refinadas, que dejarán al público estupefacto?... ¡Todos pendientes de mí! Desde hoy te haré conocer las nuevas técnicas sexuales. Son maravillosas..., excitantes...

RAMÓN.- ¿Por qué seguir, María? ¿No crees que ya hemos hecho todo lo posible para perder la esperanza?

MARÍA.- (**Lee distraídamente el periódico.**) Es una noticia inquietante... Hay personas tan raras..., se les puede ocurrir cualquier cosa... A sangre fría..., y mira que no es trabajo fácil..., un verdadero artista del crimen.

RAMÓN.- (**Impaciente.**) Suéltalo de una vez.

MARÍA.- (**Más suave.**) ¿No ves cómo te mueres por vivir fuera de tu mundo? En el fondo, también eres un soñador.

RAMÓN.- (**Abatido, se sienta.**) Da lo mismo.

MARÍA.- ¡No lo niegues! Eres un soñador.

RAMÓN.- (**Igual.**) Como tú quieras...

MARÍA.- (**Tararea.**)

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero

(**Contrariada.**) ¿Cómo sigue? Se me olvida todo.

RAMÓN.- (**Igual.**)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido...

MARÍA.- (**Grita.**) No. ¡No es eso!

RAMÓN.- No me mueve el infierno tan temido.

Muéveme, Señor, muéveme el verte.

Clavado en una cruz y escarnecido.

MARÍA.- Eres desagradable y monótono. ¿Crees que vas a enternecerme con esas estupideces?... Todavía si me descuartizaras, sería excitante... Como a ese pobre niño.

RAMÓN.- ¿Qué niño?

MARÍA.- ¿No querías que leyera las páginas de sucesos?

RAMÓN.- Eso fue hace mucho tiempo.

MARÍA.- Ya no sabes donde estás ni quién eres. Vas a perder la cabeza.

RAMÓN.- (**Muy abatido.**) Pero disimulo... La gente suele enfurecerse cuando se da cuenta.

MARÍA.- (**En tono convencional.**) Una madre desnaturalizada da muerte a su hijo de dos años, después de infligirle un castigo atroz. Durante horas, clavó alfileres en sus ojos, le flageló con una fusta y le expuso, desnudo, al frío de la noche. Según el parte médico emitido, sufrió fractura de cráneo. Testigos presenciales aseguran que tenía la cabeza casi por completo morada, el pelo arrancado alrededor de las patillas, cortes incisivos en el cuerpo y en la cara, fuertes traumatismos en un pie y en una mano y un hematoma de color verdoso en una de las nalgas. Parece ser que la muerte le sobrevino al niño a causa de varias hemorragias internas...

RAMÓN.- (**Con repugnancia.**) No sigas. Por lo que más quieras.

MARÍA.- No, si ya he acabado... Ahora, le harán la autopsia, ¿verdad?... Desde luego, esos médicos son unos sádicos.

Disfrutan abriendo en canal un cuerpecillo que cabe en las manos.

RAMÓN.- Ya ves. El público permanece indiferente. Como si las barbaridades que lees no fueran con ellos.

MARÍA.- Están muy unidos, al acecho. Y callan. Saben defenderse... No te preocupes... El día del juicio final los cogerá desprevenidos.

RAMÓN.- Acabarán odiándonos.

MARÍA.- (Sarcástica.) ¿Quieres que te lea la historia de la mujer descuartizada?... Puede ser una fuente de inspiración para tus depresiones crepusculares, cuando te masturbas a dos manos.

RAMÓN.- (Se tapa los oídos.) ¡Calla!... Tengo miedo... No puede ser verdad tanto horror.

(Ambos recitan el diálogo siguiente como una cantinela.)

MARÍA.- La hicieron rodajas diminutas y con ellas sembraron el campo...

RAMÓN.- ...En el que brotaron flores venenosas...

MARÍA.- ...tan bellas que los turistas las acariciaban...

RAMÓN.- ...Y morían a la primavera siguiente...

MARÍA.- ...retorciéndose de dolor...

RAMÓN.- La gente se preguntaba qué maldición había caído...

MARÍA.- ... y las buenas familias se encerraron en sus casas...

RAMÓN.- ... cantando viejas canciones lúgubres...

MARÍA.- ... y relatando cuentos de aparecidos...

RAMÓN.- ... Los hijos de los muertos quisieron vengar a sus padres...

MARÍA.- ... Aunque el abad mitrado intentó disuadirles...

RAMÓN.- ... con profundos razonamientos...

MARÍA.- ... su sangre joven hervía...

RAMÓN.- ... y se lanzaron decididos a la destrucción de la belleza...

MARÍA.- ... Entonces, comenzaron las investigaciones.

RAMÓN.- ... Porque la tierra aparecía cubierta de sangre...

MARÍA.- ... Todos dijeron que era un castigo divino...

RAMÓN.- ... Mas la policía tenía órdenes muy estrictas...

MARÍA.- ... y llegó hasta el corazón de los abismos...

RAMÓN.- ... Una carcajada siniestra sonó muy cerca,

MARÍA.- ... cuando fueron excavadas las profundidades,

RAMÓN.- ... helando el corazón de los mortales,

MARÍA.- ... los cuales huyeron despavoridos,

RAMÓN.- ... incluidos los altos mandos policiales

MARÍA.- ... y la jerarquía establecida.

RAMÓN.- ... De modo, que se tambalearon las instituciones

MARÍA.- ... Los ministros, en calzoncillos, pregonaban su fe inquebrantable en el sistema democrático.

RAMÓN.- El único capaz de garantizar libertad y orden.

MARÍA.- ... Pero se descubrieron mayores y más horribles crímenes.

RAMÓN.- ... por lo que el pueblo se sintió desencantado

MARÍA.- ... y, con un gesto castizo y obsceno,

RAMÓN.- ... mandó a tomar por retambufa a las autoridades civiles y religiosas.

(**MARÍA se acerca, sigilosa, a RAMÓN y le susurra al oído. RAMÓN temeroso.**)

¿No crees que hemos llegado demasiado lejos?

MARÍA.- ¡Vaya memez! Si no ha sido nada. Otros días es mucho peor.

RAMÓN.- Se pueden disgustar los programadores oficiales, los subsecretarios, los jueces... ¡Nos harán la vida imposible!

MARÍA.- No sueñes. Están muy ocupados. Las quejas sólo llegan hasta los ujieres.

RAMÓN.- (Asustado.) Pero pueden descuartizarnos a nosotros.

MARÍA.- Se mancharían las manos de sangre verdosa, podrida.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Y si se lo encargan a los verdugos?... Los hay a miles, a millones.

MARÍA.- Sí, parece que es la carrera con más porvenir. Van a crear un Premio Nobel para ella.

(RAMÓN, furioso, empuja a MARÍA. A ésta se le cae el casco que, al chocar con el suelo, resuena lúgubremente.)

RAMÓN.- (Al empujarla.) ¡Vete de aquí! ¡Te odio! ¡No quiero verte más! Estás acabando conmigo.

MARÍA.- (Refunfuñando.) Está bien, representaré el papel de mujer castigada... Ya sabes, es una alegoría de la humanidad en los años ochenta... Una de mis mejores creaciones. (Se queda inmóvil, mirando al público en actitud pensativa.)

RAMÓN.- (Nervioso.) Es muy pronto, María... Todavía no están preparados... No pueden captar el mensaje.

(MARÍA sigue inmóvil y en silencio.)

(Igual.) No les hemos explicado lo que iba a ocurrir... Es algo tan extraño que han de acostumbrarse poco a poco... Nosotros mismos, con los años que llevamos de teatro, estamos cohibidos, nerviosos. Ningún actor lo había hecho antes. (Se acerca a MARÍA, implorante.) Piénsalo bien, María... Es la primera vez que vienen... Creerán que los despreciamos.

MARÍA.- (Furiosa.) ¡Cállate! Lámeme el trasero.

RAMÓN.- (Asustado.) No, no me obligues. Qué dirán de nosotros.

MARÍA.- (Igual.) Elegiste ser mi marido. ¡Mi esclavo!

RAMÓN.- (Muy asustado.) Entonces, todo era distinto.

MARÍA.- (Igual.) He cambiado tanto, ¡eh!... Pues si quieres ser un actor importante has de estar dispuesto a todos los sacrificios imaginables. Y este es muy pequeño. No puedes hacerte idea de lo que te espera.

RAMÓN.- (Igual.) Me desvivo por complacerte... Pero, aquí, delante de todos... Eso, no.

MARÍA.- (Igual.) No me interesa el porqué de tu estúpida obediencia... Pero, ¡sírvenme! Lámeme los muslos hasta que no te quede rastro de saliva en la boca.

RAMÓN.- (Rendido, exhausto.) Haré lo que quieras.

(RAMÓN lame asquerosa y servilmente los muslos de MARÍA. Después, desconcertado, corre a gatas por el escenario, como si quisiera esconderse.)

MARÍA.- (Furiosa.) ¡No hagas el ridículo! Te están viendo. Se van a reír de ti.

RAMÓN.- (En un susurro.) Estoy muy asustado, María... Es demasiada violencia... Nos echarán. Y no nos dejarán volver ¡jamás!, a un escenario.

MARÍA.- ¡Mejor! ¡Ven aquí!

(MARÍA arrastra a RAMÓN de la oreja. RAMÓN, en su recorrido, tropieza con los muebles y cae redondo.)

Me estás poniendo nerviosa. Compórtate como un hombre.

(RAMÓN se acerca y se queda quieto, mirando al público con la lengua fuera, jadeando como un perro.)

Así me gusta. Bajo mis faldas. ¿Verdad que eres completamente feliz, queridito?

(RAMÓN gruñe, jadea y asiente con una estúpida sonrisa. A continuación, MARÍA y RAMÓN permanecen quietos, sin hacer ningún movimiento, cual dos estatuas grotescas y patéticas. Guardan silencio y miran desafiantes al público.)

(Grita.) ¡Completamente feliz!

(Se hace el oscuro.)

Escena II

RAMÓN se encuentra derrumbado en un sillón. MARÍA pasea nerviosa.

RAMÓN.- La experiencia de ayer fue un fracaso. Y acabamos rendidos.

MARÍA.- Sí..., no estuvimos bien precisamente, hay que reconocerlo. Es que eres tan patoso, parece mentira... Anda, anda, trae la caja de bombones. Está encima de la cómoda...

(RAMÓN se levanta y va a la cómoda.)

No te comas ninguno. Que te conozco.

RAMÓN.- (Rezongando.) ¡Qué cosas dices!... Estoy yo para bombones...

MARÍA.- Eres un goloso... ¿Por qué tardas tanto?

RAMÓN.- (Igual.) No la encuentro. ¿Dónde la has metido?

MARÍA.- Quieres engañarme, ¿verdad?... Canta, canta..., y así se te irán las malas ideas... Si cantas no podrás comer bombones.

(RAMÓN empieza a canturrear, mientras abre la caja y coge un puñado de bombones que se mete en el bolsillo, sin que le vea MARÍA.)

RAMÓN.- (Canturrea.)

La vida es la ruleta
en que apostamos todos
y a ti te había tocado
no más la de ganar,
pero hoy tu buena suerte
la espalda te ha volteado.
Fallaste, corazón,
no vuelvas a apostar.

MARÍA.- (Molesta.) ¡Qué canción más fea!... Déjame que te mire, pss... No tienes los carrillos hinchados.

(RAMÓN lleva la caja de bombones a MARÍA y sigue canturreando.)

RAMÓN.- (Haciéndose el distraído.) Tengo que decirte una cosa que te hará feliz, encanto.

MARÍA.- (Curiosa.) ¿Sí?, me extraña.

RAMÓN.- Ya no eres mía... Te has ido. Volaste.

MARÍA.- (Desconcertada.) ¡Bah!, que más quisieras.

RAMÓN.- Los acontecimientos se suceden vertiginosamente... No da tiempo ni para darse cuenta de lo que pasa... Estamos en la década teledirigida... Millones de japoneses te han visto en el papel de Lady Macbeth y se han compadecido de ti. Quieren clavar ellos mismos un puñal de oro en tu pecho...

MARÍA.- (Halagada.) Esos japoneses siempre tan delicados... El Imperio del Sol Naciente...

RAMÓN.- Mañana nos vamos a Tokio. Ya he comprado los billetes.

MARÍA.- Es tan emocionante saber que la odian a una hasta en Japón. Pero, en todo momento, Ramón, hay que mantener la serenidad interior...

RAMÓN.- ¿Quieres ver los figurines?... Son preciosos.

MARÍA.- (Convencional.) ¿Has olvidado que estoy a oscuras?

RAMÓN.- ¡Ah!, es verdad..., perdóname. Nunca adivino tus sentimientos.

MARÍA.- (Igual.) ¡Qué desmemoriado! Eso es porque no prestas atención a lo que te digo. No me quieres, Ramón, no, y ni siquiera sabes disimularlo.

RAMÓN.- (Irónico.) ... Los ciegos que conozco se valen por sí solos... Aprenden a ser independientes. Lo digo por tu bien, María... Acabará haciéndosete insoportable mi presencia.

MARÍA.- (Con un mohín.) ¡Naturalmente! Porque eres un guarro. No te lavas... Cámbiate ahora mismo de calzoncillos.

RAMÓN.- (Irónico.) ¡Qué ocurrencia!... Y eres capaz de decir esa palabra sin ruborizarte.

MARÍA.- Vete. Huele que apesta.

RAMÓN.- (Igual.) Creo recordar que en otros tiempos te gustaba.

MARÍA.- (Enfática.) Parece mentira, mi representante plenipotenciario y ministro, mi secretario, mi amante... Quise que no fueras un lacayo y te puse en los altares... No sólo llevas mis negocios, sino que te he hecho mi confidente..., y te cuento una larga historia de amor todas las noches... ¿Y todo eso para qué? ¿Para que me insultes?

RAMÓN.- (Igual.) Como bien sabes, falsifico las críticas... Pago suculentos banquetes para comprar a los gacetilleros... Si leyeras las barbaridades que dicen de ti no podrías sufrirlo... Te suicidarías.

MARÍA.- Por eso he decidido morirme lentamente.

RAMÓN.- Bueno, ¿qué me dices del viaje a Tokio?

MARÍA.- Una estupidez... Sólo a un idiota se le podía ocurrir... Además los japoneses no satisfacen mi necesidad de cariño. Necesito hombres, cuerpos hermosos.

RAMÓN.- Para eso estoy yo.

MARÍA.- (Ríe sardónica.) Cuando te cambies de calzoncillos, mi adorable matachín... Tendrías que multiplicarte hasta el infinito... Pero qué gracioso..., hay para morirse de risa... Atrevido..., vas a morir en el empeño, te lo advierto. Quien avisa no es traidor.

RAMÓN.- Eres insaciable, María... Mira que si alguien te oyera.

MARÍA.- (En tono trágico.) Estoy harta y furiosa... Hay algo muy dentro... Como si un viento loco hubiera entrado en mi cuerpo... Ramón, las mujeres decentes no sienten este hormigueo, ¿verdad?

RAMÓN.- (Entrecortado.) Tenemos que buscar remedio a esta situación... Yo..., bueno yo... Creo que la fuente se está secando. El médico me ha recomendado abstinencia y reposo... Y no podemos llamar a los vecinos a todas horas.

MARÍA.- (Cruel.) Eso te ocurre desde que sufres de eyaculación precoz.

RAMÓN.- Te estoy hablando muy en serio. Estoy agotado.

MARÍA.- Es inútil que pongas cara de pena... Cada uno es como Dios le ha hecho..., y no vamos a corregir la plana a la naturaleza, a estas alturas.

RAMÓN.- (Con miedo.) Nunca es tarde..., para recapacitar.

MARÍA.- (Despectiva.) Palabras de obispo..., mentecato y frágil..., ¿por qué no te coronas con un solideo?

RAMÓN.- María, la voluptuosidad acabará destruyéndote... No es posible vivir en un estado permanente de excitación. Ni el administrador, con todo su volumen, da abasto contigo.

MARÍA.- (Violenta.) ¡Qué sabrás tú lo que es una mujer con sangre en las venas!

RAMÓN.- (Oscuramente.) Algún día..., faltará yo..., con todas mis limitaciones...

MARÍA.- (Igual.) Vamos, vamos, déjate de monsergas. No me hagas reír... Y cámbiate de calzoncillos de una vez. Pareces un mozo de establo... No tengo gana de cháchara, a ver si te enteras... Métete en esa habitación, si te da vergüenza. Quiero verte enseguida..., dispuesto y sin esa ropa sucia que huele a demonios.

RAMÓN.- (Sarcástico.) Cúmplase tu sagrada voluntad, María Dubrovka. **(Entra en la habitación.)**

MARÍA.- Date unas buenas friegas. La colonia está en la mesilla... Que te brillen los huevos.

RAMÓN.- (Desde dentro.) Escuece mucho. ¿De dónde has sacado este matarratas?

(MARÍA apaga la radio con un gesto de profundo fastidio y pasea, agitada y nerviosa.)

MARÍA.- ¡Qué barbaridad! Hablamos a gritos y ya no entendemos nada. Juntos, pero como si cada uno viviera en un mundo distinto. Si seguimos así acabaré perdiendo la cabeza. Ya no conozco a nadie... Dejé de tratar a todos los amigos... Y, ahora, resulta que no puedo soportar la soledad... Me he encerrado contigo, Ramón, como si no hubiese sino darte cuerda para que obraras portentos..., y eres tan poca cosa, pobre... No tienes gracia ni fuerza... No me ayudas... Ni siquiera sabes aplaudir... **(Triste.)** Y es demasiado tarde para cambiar... Siempre me ha gustado jugar..., he amado el peligro..., pero tú no estuviste nunca, de verdad, a mi lado... Eres calculador y pequeño, una auténtica calamidad..., ¡y no sabes enfrentarte con el público!... Hay que tener más agallas para ser actor... ¡y para vivir conmigo!... Si, al menos, no te vinieras tan rápido. Ni tiempo tengo para darme cuenta de lo que estamos haciendo. Ya he olvidado lo que es estar con un hombre.

(Entra RAMÓN silbando. Los bombones se han derretido, formando una gran mancha en su pantalón. MARÍA seca.)

¿Te has quitado los calzoncillos?

RAMÓN.- (Burlón.) Me paso el día entero sacando brillo a los bajos.

MARÍA.- (Como distraída.) He pensado en muchas cosas mientras estabas dentro.

RAMÓN.- (Igual.) Pues ya te ha cundido. Habrá sido de vértigo.

MARÍA.- (Rabiosa.) He pensado que no tienes cojones.

RAMÓN.- (Alterado.) ¡María! ¡No puedo oír esas palabras! Sabes que me casé contigo porque eras una mujer decente.

MARÍA.- (Grita.) Pero ya no lo soy. Desde que tú dejaste de ser hombre.

RAMÓN.- (Ofendido.) Naturalmente. Por haberme convertido en tu esclavo.

MARÍA.- (Maligna.) Miren el hipocritilla... Arroja la piedra y se pone la venda. ¡Como si no supiera que eres un masoquista!... Te he dado siempre placer.

RAMÓN.- No habríamos llegado a esto, si no hubieras encontrado a un estúpido como yo.

MARÍA.- (Grita fuera de sí.) ¿De qué es esa mancha? ¡Te has cagado!

RAMÓN.- (Abrumado.) María, ¿qué estás diciendo? Me va a estallar la cabeza.

MARÍA.- (Furiosa.) Vaya con el caballerito... Es incapaz de controlar los esfínteres... Lo que faltaba, el día menos pensado te cagas en la cama y amanezco perdida.

RAMÓN.- (Amenazador.) Estás insultándome.

MARÍA.- ¿Me amenazas? Te presentas delante de mí lleno de mierda... ¿Y te atreves a levantarme la voz?

(MARÍA, exasperada, se lanza sobre RAMÓN y huele la mancha de los pantalones, metiendo la nariz en ellos.)

RAMÓN.- (Asustado.) No lo digas tan alto. No se vayan a enterar los empresarios, los agentes comerciales, los representantes... ni el público, sobre todo el público.

MARÍA.- (Altiya.) Bastante les importa. Sólo tienen ojos para mí. **(Sigue oliendo, grita.)** ¡Es chocolate!... Eres un miserable, Ramón. Me das asco.

RAMÓN.- (Tontamente.) La taquilla, mujer, la taquilla. Soy yo el que llevo las cuentas. Vamos derechos a la ruina.

MARÍA.- Pero ¿qué dices maldito? **(Chupa con fruición la mancha de chocolate.)**

RAMÓN.- (Tontamente.) ¿Por qué no recitas un largo monólogo?... Acuérdate de Hamlet. Es un personaje de todos los tiempos.

MARÍA.- Detesto a los príncipes llorones. Acaban causándome risa... Anda, enciende las luces.

RAMÓN.- (Igual, ensimismado.) El monólogo es una bella forma teatral... y muy socorrida. Por eso se ha puesto de moda... Se pueden describir todos los sentimientos, como en una novela... Por muy poco dinero.

MARÍA.- (Exigente.) No seas holgazán, ¡levántate! ¡Declama! ¡Compón la figura! He dicho que enciendas las luces.

(RAMÓN se levanta, balanceándose como un pelele y va a encender las luces.)

Pon el tocadiscos.

RAMÓN.- (Abatido.) No suena. Se ha fundido una lámpara. Lo sabes muy bien.

MARÍA.- (Molesta.) Siempre poniendo dificultades... A veces pienso qué sería de ti si estuvieras solo en el mundo. No tienes imaginación.

RAMÓN.- (Igual.) La radio... Para el caso es lo mismo.

MARÍA.- No soporto la radio... Te lo he dicho mil veces... No me saques de quicio, que bastante tengo con mis preocupaciones... ¿No ves que estoy envejeciendo?

RAMÓN.- No es cierto. Cada día estás más joven.

MARÍA.- (**Rabiosa.**) ¡Qué desgracia, Señor!... No puedo ni levantarme.

RAMÓN.- Es un privilegio. Si te quedas sentada asistirás a la destrucción del mundo..., en primera fila.

MARÍA.- Yo seré la última en salir del escenario.

RAMÓN.- Siempre fuiste una mujer valiente.

MARÍA.- La mujer fuerte de la Biblia. Ya lo decía mi madre, cuando me dejaba en los burdeles.

RAMÓN.- Y, por eso, esclavizas a los hombres que te sirven.

MARÍA.- (**Altiva.**) Dices bien, me sirven. Aún no he encontrado ninguno que me amara.

RAMÓN.- Reina madre, por la gracia de Dios.

(**MARÍA busca en los rincones, desordenadamente. Está muy nerviosa.**)

MARÍA.- ¿Dónde has puesto la radio?

RAMÓN.- Acabas de decir que no la soportas...

MARÍA.- ¡Calla! ¡No me repliques! Encima de que me conformo con todo... Pero ¿dónde las has metido?

RAMÓN.- No sé... Seguramente, se la habrán llevado los últimos invitados.

MARÍA.- (**Irritada.**) Yo no invito a ladrones.

RAMÓN.- Lo harían para gastarte una broma.

MARÍA.- (**Igual.**) Pareces idiota. ¿Cómo iban a llevársela si estaban borrachos?

RAMÓN.- No importa. La tirarían por la ventana.

MARÍA.- (**Se enfrenta con RAMÓN.**) Vas a explicarme ahora mismo dónde has escondido la radio.

RAMÓN.- Fue mi regalo de Navidad a la Asociación Benéfica de Inválidos y Sordomudos.

MARÍA.- (En tono melodramático.) Lo has escondido porque me odias. Pero me da lo mismo... Me apetece bailar y bailaré... Para eso soy una artista; lo seré siempre.

RAMÓN.- (Inicia la retirada.) Yo me retiro. Tengo que reponer fuerzas para seguir adelante.

MARÍA.- (Imperiosa.) ¡Quiero bailar contigo!

RAMÓN.- (Tontamente.) Estoy pasando una mala temporada. Me duelen mucho los pies. Se me hinchan las venas... Probablemente, tendrán que cortármelas.

MARÍA.- (Seductora.) No vengas con excusas, ingrato... Lo he sacrificado todo por ti y no eres capaz de sufrir la menor molestia por complacerme. Necesito bailar.

(MARÍA encuentra y conecta la radio y se oye una música dulzona.)

(Cursi.) Es un milagro, Ramón... Como si hubiéramos retrocedido en el tiempo... ¿Te acuerdas de aquellos guateques?... Eran maravillosos... Estábamos tan unidos...
(Soñadora.) Seguro que has hecho todo lo posible por olvidarlo... Pues tú te lo pierdes. Llega un momento en que sólo se puede vivir de recuerdos.

RAMÓN.- (Triste.) Todas las noches me iba a la cama excitado y muerto de miedo.

MARÍA.- Porque siempre andabas tocando lo que no debías. Cuando una chica decente te paraba los pies, sentías un dolor terrible en los testículos.

RAMÓN.- (Molesto.) Esas son intimidades que sólo nos pertenecen a nosotros... No debes hablar de ellas en público.

MARÍA.- (Despectiva.) ¡Oh!, tu reputación, tu prestigio...

RAMÓN.- (Convencional.) Es natural que un joven sienta determinados impulsos... Lo contrario sería sospechoso.

MARÍA.- (Con una carcajada.) Te detuvieron por exhibicionismo...

RAMÓN.- Una lamentable equivocación...

MARÍA.- (Sarcástica.) Sí, te confundieron con el violador de Boston. Dabas la talla.

RAMÓN.- Según el retrato robot era rubio y tenía un bigotito hitleriano.

MARÍA.- ¡Qué contratiempo!... Y el comisario ni siquiera te pidió disculpas. Tengo que admitir que era un patán.

RAMÓN.- (Compungido.) Ya ves. He ido de tumbo en tumbo.

MARÍA.- No te quejes. Has conocido al presidente de Estados Unidos y a varios jefes de Gobierno.

RAMÓN.- (Igual.) Pero tú no me has querido... Eso era lo que más me importaba.

MARÍA.- (Decidida.) Vamos a bailar... y no digas más sandeces. He dedicado la vida entera a hacerte feliz. Renuncié al teatro por ti.

(MARÍA coge los brazos de RAMÓN y los coloca en su cintura, Parece que le cuesta mucho trabajo, como si fuera un peso muerto. Al dejar de sujetarlos, los brazos de RAMÓN se escurren y caen. MARÍA chilla.)

¡Aunque sólo sea por delicadeza!

RAMÓN.- (Abatido.) Estoy cansado. Voy a caerme redondo al suelo.

MARÍA.- ¿De qué tienes miedo?... Estás temblando.

RAMÓN.- (Igual.) María, se agolpan los recuerdos en mi cabeza. Son muy tristes.

MARÍA.- ¿Es que ya no te gusto, cariño? Ni siquiera te pones en condiciones.

RAMÓN.- (Igual.) No siento el cuerpo... Está todo tan lejos... María ¿por qué huyes de mí?... No me dejas celebrar tus fiestas ni conocer a tus invitados... Así me he ido quedando sin aire..., encerrado en una urna de cristal.

MARÍA.- (Contrariada.) Ya sabes que no me gusta verte así, diciéndome con medias palabras..., que sin embargo, entiendo muy bien..., no creas que soy tonta..., lo desgraciado que eres.

RAMÓN.- (Igual.) Y si no habláramos ni una sola palabra más... De momento, sería una buena solución...

MARÍA.- Es igual. No me mires tampoco, Además de ciega, soy sorda... Podemos bailar con los ojos cerrados.

(MARÍA intenta, de nuevo, que RAMÓN abrace su cuerpo, para bailar. Dan unos pasos. Ella se mueve con soltura, pero él lo hace a zancadas largas y torponas. MARÍA irritada.)

¡Qué horror! Pesas como un plomo.

(MARÍA arrastra a RAMÓN, que se mueve con dificultad.)

RAMÓN.- (Con un hilo de voz.) Me estoy mareando...

MARÍA.- (Haciendo un esfuerzo para sostenerle.) Hay que resistir hasta el final. Al que algo quiere algo le cuesta.

RAMÓN.- (Igual.) Estoy empapado de sudor y, sin embargo, siento escalofríos.

MARÍA.- No irás a morirte ahora, ¿verdad? Siempre tan inoportuno.

RAMÓN.- Sólo quiero descansar..., horas, muchas horas..., días y noches sin saber que existes.

MARÍA.- (Furiosa.) Está bien, me odias. Y yo tengo que defenderme. No creas que vas a poder escapar..., te las pintas de maravilla para no dar la cara. Pero te vigilaré... Te ataré a la pata de la cama. Comerás en el suelo y en el suelo harás tus necesidades... Hasta que seas como un niño, el hijo que no pudiste darme.

(MARÍA suelta a RAMÓN y éste queda en pie, alelado, sin fuerza ni expresión.)

RAMÓN.- (Con odio.) Creo que me voy a morir, María Dubrovska.

MARÍA.- (Cruel.) ¿Por qué no imploras caridad?... Aún hay muchas almas sensibles que se compadecen de los desgraciados.

RAMÓN.- He pasado tres noches sin dormir.

MARÍA.- (Cruel.) Eso no es nada para lo que te espera. ¡Prepárate!

RAMÓN.- (Abatido, sumiso.) ¿Qué vamos a hacer ahora?

MARÍA.- (Cruel.) Seguir jugando. Como siempre... He llegado a la conclusión de que si dejo de torturarte mi vida carece de sentido.

RAMÓN.- (Igual.) Pero puede acabar todo muy pronto...

MARÍA.- ¡Oh!, no creas, no eres tan viejo... Es muy difícil morir. Mucho más de lo que parece. Yo hago esfuerzos todas las mañanas, sin embargo, aquí me ves.

RAMÓN.- (Sumiso.) Tan lozana y tan joven... Estoy a tus órdenes.

MARÍA.- (Eufórica.) Ramón, te encuentro desconocido. Me encanta tu buena disposición... Debes hacerme caso... Alguien dijo que lo que distingue al hombre de los animales es el juego..., no la cabezota, ni el trabajo..., no, Ramón, el juego..., y nosotros los artistas hemos nacido para jugar.

RAMÓN.- (Titubea.) A veces...

MARÍA.- (Interrumpe, eufórica.) Ya sé lo que vas a decirme..., que puede ser peligroso. Naturalmente, si no fuera peligroso no podría ser bello... Y para jugar necesitamos personas, muñecos, cosas..., una enorme curiosidad... Tengo miedo, Ramón... Si algún día llegara a perder la capacidad de asombro, no sé lo que sería de mí.

RAMÓN.- (Abatido.) Tienes cuerda para rato.

MARÍA.- (Contrariada.) Cuando pretendes agradar, aún lo haces peor. Resultas tan chabacano.

RAMÓN.- (Igual.) ¡Qué le vamos a hacer! No he aprendido buenos modales.

MARÍA.- Siempre es tiempo de empezar. Yo te enseñaré a tener ilusiones. **(Se esconde detrás del biombo. Va a cambiarse de ropa.)** Te voy a sorprender, Ramón.

(RAMÓN guarda silencio.)

No dices nada, no te oigo.

RAMÓN.- Estoy pensando.

MARÍA.- Pero no tienes las ideas demasiado claras, ¿verdad?

RAMÓN.- Quizás, con ejercicios mentales...

MARÍA.- No vayas a masturbarte. Ya sabes que eso no me gusta... Y qué dirían todos estos señores... Seguro que llamaban a la policía.

RAMÓN.- Poca confianza tienes...

MARÍA.- De ti se puede esperar cualquier cosa.

RAMÓN.- (Muy abatido.) Aunque quisiera... No tengo fuerzas.

MARÍA.- Pues, mucho cuidadito, ¡eh! Te están viendo los angelitos.

(RAMÓN se adelanta despacio y mira con curiosidad al público como si tratara de encontrar alguna cara conocida.)

RAMÓN.- Espero que no nos odien ustedes tanto como merecemos.

MARÍA.- ¿Con quién estás hablando?

RAMÓN.- (Al público.) ¿No creen que es una mujer abominable?... Mala gente, los cómicos... Les aconsejo que no suban al escenario... En él se cometen crímenes horribles... Tienen razón, es mejor ignorar ciertas cosas... Probablemente, ustedes son felices..., y nosotros nos empeñamos en hacerles sufrir... Es un desatino.

MARÍA.- Ramón, no intentes huir, que no ha de valerte de nada. Te sacaré de debajo de la cama.

RAMÓN.- (Al público.) Antiguamente las cosas se hacían bien. A los cómicos les estaba prohibida la entrada en la iglesia y no podían ser enterrados en tierra sagrada. No eran dignos de recibir los Sacramentos... Somos gentuza de mal vivir.

MARÍA.- En vez de mirar a las musarañas como un tonto, ¿por qué no te cambias de ropa?

RAMÓN.- (A MARÍA, muy cansado.) ¿Otra vez? ¿Es que no hemos terminado por hoy?

MARÍA.- No vamos a actuar como unos pardillos. Est no es una función parroquial. Los artistas se distinguen por los detalles.

RAMÓN.- Mejor nos iría si sólo fuéramos aficionados.

MARÍA.- Nunca asumes tus responsabilidades. Quieres que cargue yo con todo. Así te vas quedando amargado y sin vida.

RAMÓN.- (Al público.) Si ustedes me permiten... Tengo que obedecerla... La representación continúa... ¡Ah!, y no se olviden de animarnos... Sean generosos, se lo ruego... Su aliento nos es imprescindible... (**Dirigiéndose a MARÍA.**) ¿De qué me visto ahora? Ya no hay más trapos.

MARÍA.- Ponte el traje negro..., y el sombrero de copa... O no... ¿Te acuerdas de aquel bombín que te regalaron? Estabas muy elegante con él.

RAMÓN.- Me parece que ese traje está en el tinte.

MARÍA.- Lo recogí yo hace veinte días.

RAMÓN.- (De mala gana.) Y el sombrero, comido por la polilla, lleno de agujeros.

MARÍA.- Date prisa. No podemos perder el tiempo. Todo está en el dormitorio, debajo de la cama.

RAMÓN.- Ya voy, ya voy... **(Al público.)** Ustedes sabrán perdonarme. Regreso enseguida. **(Entra en el dormitorio arrastrando los pies.)**

MARÍA.- (Muy eufórica.) ¡Es excitante!... Con cuatro trapos bien puestos arrancaba alaridos de placer. Los hombres saltaban al escenario, locos por arrebátármelos.

VOZ DE RAMÓN.- Sólo iban a verte viejos verdes.

(MARÍA sale del biombo. Va vestida con una capita morada, salpicada de lentejuelas, que apenas cubre sus pechos. Lleva unas enaguas negras de raso y medias con ligero, así como zapatos de tacón muy alto.)

MARÍA.- (Furiosa.) ¡Cállate! No destruyes la fantasía... **(Al público.)** No, como ahora, esas asquerosas... Porque no tienen talento ni gracia han de despelotarse para impresionar al público. Y ustedes se quedan con los ojos en blanco... ¡Una falsificación! ¿Qué se puede hacer desnuda en un escenario?... El mundo al revés. Es como si nos metiéramos en la cama con escafandra... Cada cosa a su tiempo. **(Despectiva.)** Y ni siquiera les han crecido los pechos... Una mujer bien formada luce mejor con gasas transparentes, ambiguas..., que sugieran noches de amor interminables... Lo que no es misterioso pronto se hace ramplón... Una zafiedad.

VOZ DE RAMÓN.- María, no provoques a los espectadores. Están hartos de nosotros. Van a salir corriendo.

MARÍA.- (Despectiva.) ¡Qué sabrás tú del teatro de participación!

VOZ DE RAMÓN.- Están perdiendo la paciencia. Les oigo jadear.

MARÍA.- (Al público.) No se sabe cómo acertar. Se casa una perdidamente enamorada y ya ven cómo acaban las cosas... Es terrible vivir unida a un imbécil. **(Grita.)** Ramón, ¿qué haces?, me estoy quedando helada.

VOZ DE RAMÓN.- Un momento... No encuentro el cinturón.

MARÍA.- (Burlona.) ¿Quieres que te ponga yo los pantalones? ¡Qué desastre de hombre! No, si acabaré empujando un carrito de ruedas.

VOZ DE RAMÓN.- (Con dulzura.) No te enfades, María... Ya sabes que estoy dispuesto a hacer todo lo que quieras.

MARÍA.- (Igual.) Sí, lo vamos a pasar muy bien, mi osito de trapo... Qué maravilla tenerte en mis brazos... Eres suave, como de peluche y ronroneas cuando te acuno... Me sentiré mujer por una vez en la vida. Pasaremos juntos sobre caminos de algodón..., como si fuéramos figuritas de un Belén...
(Gritando.) ¡Es sórdido, Ramón!... Nuestro amor se ha escondido en el retrete y si lo tocamos nos llenamos las manos de mierda.

(Entra RAMÓN vestido con un traje negro más bien grande. Lleva bombín y una cartera porta-documentos de ejecutivo en la mano.)

RAMÓN.- (En tono servil.) ¿Llego tarde, señora?

MARÍA.- (Hosca.) Muy tarde. Se ha pasado el tiempo. Vuelva mañana.

RAMÓN.- (Igual.) He hecho un largo viaje solo para verla... Tengo abandonados los negocios. Me moriré de hambre si no los atiengo como es debido.

MARÍA.- Me he despertado llorando y al fin he comprendido que soy una mujer caritativa.

RAMÓN.- (Ansioso.) No me dé largas, se lo suplico. Necesito su cariño ahora mismo.

MARÍA.- Después todo son lamentos..., se retuerce de dolor..., y yo me quedo sola, atribulada... Puede crearme... Siento un remordimiento atroz, pensando en que lo he desgraciado para toda la vida.

RAMÓN.- (Arrobado.) Es usted mi samaritana erótica.

MARÍA.- (Halagada.) A veces, encuentra la palabra exacta... En ese momento, me siento recompensada.

RAMÓN.- Soy experto en Marketing, diplomado en relaciones por la Universidad de Harvard. ¡Consejero Presidencial!

MARÍA.- (Igual.) Un señor adorable... Le espero con tanta ansiedad... Los minutos se me hacen eternos.

RAMÓN.- (Imperioso.) Me confunde, señora... No es eso..., lo que vengo a buscar a su casa... Me permito recordarle nuestros respectivos papeles.

MARÍA.- (Furiosa.) Eres un cerdo. Un bicho asqueroso.

RAMÓN.- (Complacido.) Así me gusta más. Por un momento, temí que hubiera olvidado las cláusulas del contrato.

MARÍA.- (Igual.) Todo tiene que estar escrito, sellado y rubricado. ¡Qué vulgaridad!

RAMÓN.- Guardo una copia debidamente autenticada y registrada.

MARÍA.- Métetela donde te quepa.

RAMÓN.- Soy estrecho de nalgas.

MARÍA.- Un alto cargo del Gobierno..., y diriges una multinacional. Tu culo, es, sin duda, un bebedero de patos.

RAMÓN.- (Circunspecto.) Señora, no creo necesario mezclar la vida privada con los asuntos de cama. Si vengo a su casa es para gozar como a mí me apetece. A ser posible, sin más limitaciones que las impuestas por la resistencia física.

MARÍA.- (Furiosa.) Claro, la meretriz te hace feliz unos momentos..., da satisfacción a tus pasiones más bajas ¿Crees que ese sucio placer se puede pagar con dinero?... No hay oro en el mundo.

RAMÓN.- (Preciso y tajante.) En los negocios, señora, como por otra parte en cualquier actividad, es fundamental la seriedad. No estoy acostumbrado a cambiar de opinión. Y menos en materia tan delicada.

MARÍA.- Porque eres un cretino... Cierras los ojos a la aventura. Te hundes en el cieno más repugnante.

RAMÓN.- (Igual.) Hace muchos años que no me asusto de nada.

MARÍA.- Esa es tu desdicha, marrano.

RAMÓN.- Cualquier cosa que se haga en la cama está justificada mientras sirva para mantener el equilibrio físico y mental.

MARÍA.- Un señor tan fino y tan asquerosamente pervertido.

RAMÓN.- Sus insultos..., no tienen fuerza..., ¿cómo diría yo?... Los encuentro desvaídos.

MARÍA.- Es sólo el comienzo. Es preferible empezar con cierta suavidad.

RAMÓN.- **(Igual.)** Ya, ya, comprendo sus tácticas pero conmigo no sirven. Como sabe, soy un hombre práctico y procuro evitar los disparos al aire. Por otra parte, no dispongo de tiempo. Es una lástima.

MARÍA.- Entonces, ¿entramos ya en faena?

RAMÓN.- **(Igual.)** Está todo programado. Al detalle. Llego a las seis quince. Cinco minutos de precalentamiento: insultos variados a poder ser originales... Una puesta en escena apropiada. **(Gira en derredor con mirada desaprobatoria.)** Por cierto, no veo instrumentos de tortura en ninguna parte.

MARÍA.- Los he vendido... Últimamente, he tenido muchos gastos. Los acreedores me agobian.

RAMÓN.- **(Igual.)** Ya le he dicho que el dinero no es ningún problema para mí. Puede disponer a su antojo... Bien..., esos cinco minutos de precalentamiento han de ser aprovechados. En ellos se decide todo lo que viene después... Luego, una hora de batalla erótica, propiamente dicha... Espero que no se le haya olvidado.

MARÍA.- ¿Por qué dices eso? ¿Es que ya no tienes confianza en mí?

RAMÓN.- Estoy viendo muchas cosas raras. Me disgustan las sorpresas.

MARÍA.- Son toques personales... No querrás que sea como todas.

RAMÓN.- Si no recuerdo mal, la atmósfera y los efectos especiales están previstos en la cláusula vigésimo tercera, punto cuatro, apartado c). (**Se cala las gafas y rebusca en el maletín-cartera-portadocumentos y saca un papel. Leyendo el contrato.**) Sí, aquí está: *Se iluminará el saloncito con luces cegadoras, al tiempo que se oye una música convulsa, desgarrada, interrumpida a intervalos por un lento jadeo, con el que se procurará destacar el sufrimiento inherente a toda expansión erótica; asimismo, se escucharán el ruido de una fusta golpeando las carnes del sujeto pasivo, un lúgubre rechinar de cadenas y el lamento inconfundible, que provoca el placer bien entendido...* ¿Es necesario que lea más, señora?

MARÍA.- Es una pena, no dejas ni un resquicio a la fantasía..., pero no te preocupes, se cumplirá lo acordado.

RAMÓN.- Está escrito. (**Limpia con cuidado sus gafas y se las guarda.**)

MARÍA.- Eres un impotente. Un eunuco.

RAMÓN.- Bien.

MARÍA.- Un soplapollas de mierda.

RAMÓN.- Bien. Con cierto regusto barriobajero.

MARÍA.- ¡Cerdo! Husmeas en los urinarios públicos y haces proposiciones deshonestas a los hombres viejos y enfermos.

RAMÓN.- (**Satisfecho.**) Mejor.

MARÍA.- Te arrastras como una perra lúbrica.

RAMÓN.- (**Excitado.**) Una bella metáfora, señora.

MARÍA.- Lames los cuartos traseros de los animales inmundos.

RAMÓN.- ¡Qué delicia! Parece que se supera a sí misma.

MARÍA.- Me gustaría matarte mientras estás eyaculando.

RAMÓN.- (**Excitado.**) Me lo imagino... y siento un calor nervioso que me golpea las sienes.

MARÍA.- Hoy te voy a castrar, querubín de la mierda.

RAMÓN.- ¡Maravilloso! Nos revolcamos en el cieno.

MARÍA.- (**Abatida.**) Es una lástima, pero no estoy inspirada.

RAMÓN.- Le descontaré mil duros del jornal.

MARÍA.- ¿Sabes que te estás volviendo muy exigente?

RAMÓN.- Está previsto. Puso usted su firma... Si quiere se la muestro. No me agradan los abandonos de servicio.

MARÍA.- Me gustaría saber quién es el que sufre.

RAMÓN.- No me venga con enredos, señora. Juró que nunca se lamentaría de las condiciones.

MARÍA.- A veces, siento en mi carne tu dolor y pienso que soy la verdadera víctima.

RAMÓN.- Pamplinas, señora. Estamos perdiendo el tiempo... Tengo que estar en el aeropuerto a las diecinueve cuarenta y cinco. No esperaba de usted estas chiquilladas.

(MARÍA lloriquea derrumbada. RAMÓN nervioso.)

Le está terminantemente prohibido llorar, señora. Eso quedó muy claro desde el primer día.

MARÍA.- Ramón, tú eres un degenerado, una piltrafa..., un pingajo con mucha suerte... Te mueves en sociedad, se te respeta. Eres famoso... Y yo sólo soy una pobre mujer desamparada, a la que la gente, que se cree muy ingeniosa, tacha de puta.

RAMÓN.- (**Firme, con voz chillona.**) También juró que renunciaría a ser mujer en sus relaciones conmigo. Le agradecería que no volviera a pronunciar esa palabra.

MARÍA.- Pues bien que te agarras a mis tetas..., ¿o es que quieres cerciorarte de que son auténticas?

RAMÓN.- (**Igual.**) No mezclemos los sentimientos en este asunto... Se estableció taxativamente, ¡por los dos!, que lo nuestro era una pura relación sexual.

MARÍA.- (**Quejumbrosa.**) Sí, a la santa esposa, aunque esté hecha un higo, se le debe respeto... Es la madre de tus hijos, ¿verdad?; la que guarda el fuego del hogar... ¡Con cuánta unción la nombras!

RAMÓN.- (Tajante.) Señora, veo que está incumpliendo todas las cláusulas del contrato. Y eso me disgusta profundamente.

MARÍA.- Me cago en ellas... Quiero que me hables de tu mujer. ¿Cómo lo haces con ella?... ¿También te golpea?

RAMÓN.- (Igual.) Señora, está cayendo en vulgaridades que son exclusivas de la clase social a la que pertenezco... Suenan muy mal en una casa de lenocinio.

MARÍA.- ¡Una casa de lenocinio! ¡Qué bien se expresa caballero!

RAMÓN.- (Igual.) Será mejor que cumpla lo pactado. Queda muy poco tiempo.

MARÍA.- Pero tienes que explicarme lo que es una casa de lenocinio.

RAMÓN.- Quizás, no lo he dicho bien... Da lo mismo.

MARÍA.- No, tú eres un hombre de estudios, un universitario y empleas siempre la palabra exacta.

RAMÓN.- (Pavoneándose.) No crea que la sabiduría se encuentra en los libros. Hay que conocer el mundo, señora. No caiga nunca en los excesos de una cultura libresca.

MARÍA.- Señora, señora... Estoy harta de que me llames señora. Como si fuera la primera vez. Merezco un poco más de confianza... ¿O no?

RAMÓN.- Una mera cuestión de detalle... Sin mayor trascendencia.

MARÍA.- Los detalles son lo más importante.

RAMÓN.- Como, por ejemplo, que se encuentre usted sola. ¿Ha dado permiso a la servidumbre?

MARÍA.- Se aburren en esta casa y enseñan los dientes... Huelen sangre en todos los rincones y necesitan salir a respirar aire fresco.

RAMÓN.- El caso es que nadie cumpla con su obligación, ¿verdad?... ¿Acaso, existe motivo para tanta desidia? Los sueldos son inmejorables; las cláusulas del contrato, clarísimas..., y la aceptación de las condiciones totalmente libre.

MARÍA.- (Con un suspiro.) No sólo de pan vive el hombre. Yo, al menos también necesito soñar.

RAMÓN.- Confundir la realidad con la fantasía no conduce a ninguna parte... La autocompasión es un sentimiento que jamás ha entrado en mis cálculos.

MARÍA.- El señorito vicioso de las letrinas públicas... Se atreve a juzgar del bien y del mal.

RAMÓN.- Simplemente, me atengo a lo establecido..., y procuro no exhibir mis debilidades... ¿Se imagina lo que sería de mí si diera pie a murmuraciones? Correr de boca en boca como una mercancía pregonada. Que las autoridades albergaran la menor sospecha.

MARÍA.- ¡Cuánta hipocresía, Señor!

RAMÓN.- Hablemos claro. No puedo perder más tiempo. ¿Va a seguir insultándome como todos los días, o no?

MARÍA.- Una noche de estas entraré en tu casa con el látigo de siete colas (Ríe.), y te daré de cachetes en el culo, mientras abrazas a tu mujercita... ¿Sabe ella algo?

RAMÓN.- ¡Qué dice usted, señora! ¿Es que se ha vuelto loca?

MARÍA.- (Ríe.) ¡Ah!, no sabe aún que eres un masoquista y un vicioso..., que te encanta andar a gatas y esconderte entre mis muslos como un perrillo faldero... ¿No la miras nunca con esos ojillos pequeños y blandos de lechuza, con los que me suplicas que te azote?

RAMÓN.- (Animado.) Así, está mejor... Parece que vuelve a entrar en razón...

MARÍA.- ¿Ha llegado el momento de que te clave los tacones?

RAMÓN.- Al final, señora... No se precipite.

MARÍA.- ¡Tengo ganas de acabar de una vez! ¡Estoy harta!

RAMÓN.- No disfruta haciéndome sufrir, ¿verdad?... Lo sospechaba hace tiempo... Ha estado engañándome.

MARÍA.- ¿Tú qué crees?... Siento como si estuviera pisoteando a un muerto. Me das miedo. Cuando deje de mirar un momento, te vas a quedar tieso y sin luz en los ojos.

(RAMÓN se echa al suelo y anda a gatas.)

RAMÓN.- (Con voz débil, suplicante y lastimera.) El recuerdo de la muerte me pone muy nervioso... Es tan excitante... Siempre estoy esperando el último infarto..., para expirar en sus brazos.

(MARÍA golpea a RAMÓN con el tacón.)

MARÍA.- ¡Cerdo, miserable! Odio tu lascivia y tus perversiones. ¡Maldito!

RAMÓN.- (Excitado.) Hable... Siga hablando. Empiezo a sentir calambres en las nalgas.

MARÍA.- Tengo unas ganas enormes de vomitar sobre ti.

RAMÓN.- (Igual.) Siga pegándome. Con todas sus fuerzas. Arránqueme los pantalones.

MARÍA.- ¡Arrástrate!, como una asquerosa serpiente.

(RAMÓN se mueve como un animal nervioso y lascivo;
MARÍA le arranca los pantalones y RAMÓN se muestra
semidesnudo.)

¡Qué ridículo es el caballero! Nada más que un gusano.

RAMÓN.- (Igual.) Sí, claro, eso es lo que quiero ser, vida mía..., pero pégame, más fuerte. Destrózame el culo.

(MARÍA le golpea con el tacón, le araña; le escupe.)

(Igual.) Más, Más..., más fuerte... No se detenga, señora, vomite sobre mí. Entro en el séptimo cielo... ¡Qué maravilla! Señora, voy a enloquecer de gozo.

MARÍA.- He dicho que no me llames señora. Suenan a estúpida burla. Me siento humillada.

(RAMÓN se encuentra muy excitado; se despoja de la ropa para arrastrarse por el suelo. De un manotazo, arranca capa y enaguas a MARÍA y ésta queda medio desnuda: con medias negras y ligüero.)

RAMÓN.- ¿Cómo quiere que la haga gozar, amor mío? En señal de agradecimiento..., por lo bien que se porta conmigo.

MARÍA.- No necesito nada. Te odio.

RAMÓN.- (En el paroxismo.) ¡Oh!, María, siento que una lengua de fuego abrasadora se pasea por mi cuerpo..., y echa polvo de azufre en mis entrañas... La sangre corre desbocada como si cayera en alud desde las montañas.

MARÍA.- Me da asco ver cómo gozas. Eres un monstruo.

RAMÓN.- ¡Oh!, María, es usted, ¡usted!, una mujer grande y hermosa que monta sobre mis lomos..., y me arranca la piel con su fusta de oro... Me siento morir entre sus muslos... María, la voy a poner en un altar lleno de flores... Antorchas alumbrarán su camino y habrá miles de candelas a sus pies.

MARÍA.- A veces, tengo deseos de amarte.

RAMÓN.- ¡No digas eso! Soy un hombre despreciable.

MARÍA.- ¿Por qué no lo haces con tu querida esposa?... La pobre debe vivir en la ignorancia.

RAMÓN.- Sumida en las tinieblas, sin conocer los más hondos placeres.

MARÍA.- (Ríe.) Y se acuesta con el gorro puesto, ¿verdad?

RAMÓN.- (Excitado.) Es una santa y tú una cerda... Por eso me gustas tanto.

MARÍA.- ¡Inmundicia!... Si no fuera por que derrochas el dinero a manos llenas.

(MARÍA golpea furiosa a RAMÓN.)

RAMÓN.- (Fuera de sí.) No puedo más, señora... Es usted anárquica y caprichosa, pero sabe hacerme gozar como ninguna. ¡Delicioso, señora!... Nunca pude pensar que fuera tan generosa, ni tan guarra.

MARÍA.- (Grita.) ¡Basta! ¡Basta ya! ¡No puedo más!

(MARÍA deja de golpear a RAMÓN.)

RAMÓN.- (Desconcertado.) ¿Qué ocurre ahora? ¿Se encuentra mal? ¿Acaso ha sufrido un tirón muscular?

MARÍA.- Arreglételas tú solo. Ya eres mayorcito.

RAMÓN.- Pero señora... No me puede dejar así.

MARÍA.- ¡No soy tu señora! ¡Levántate y anda! No quiero muertos en mi casa.

RAMÓN.- Pero... ¿qué es esto?..., ¿qué dice? ¿En qué me he equivocado?... No, no está hablando en serio.

MARÍA.- (Desolada.) El público se ha cansado de nosotros.

RAMÓN.- (Desconcertado.) ¿El público?... ¿Dónde está?... ¿De quién habla? No entiendo nada.

MARÍA.- (Igual.) Ramón, ha sido un juego muy desagradable... ¡Levántate de una vez!

(RAMÓN se levanta despacio, confuso.)

RAMÓN.- (Balbucea.) Ma... Ma... María...

MARÍA.- ¿Es que te has vuelto idiota?

RAMÓN.- (Igual.) No... com... prendo... ¿Por qué te empeñas... en romper... el encanto...?

MARÍA.- Nunca serás un buen actor. No sabes recuperarte de las situaciones comprometidas.

RAMÓN.- ¿Es que hemos terminado?

MARÍA.- ¡Sí! Era una comedia sucia... ¡Una vergüenza!

RAMÓN.- ¿Por qué?... Yo la encontraba muy real.

MARÍA.- (**Sarcástica.**) ... Como la vida misma... Sobre todo, para ti... Es tu papel preferido... Estabas tan a gusto que ahora no sabes volver a escena... ¡Estamos en un escenario, Ramón!

RAMÓN.- Si lo dices por ellos (**Señala al público.**), me parece que exageras. Los espectadores ya no se escandalizan... Han visto tantas cosas...

MARÍA.- ¡Ay!, Ramón, volvemos a estar solos... El teatro agoniza y con él agonizamos nosotros. (**Se sienta hecha un ovillo, queriendo taparse con los brazos.**)

RAMÓN.- ¿Por qué lloras, María?... Eres imprevisible.

MARÍA.- (**Histérica.**) No quiero vivir de recuerdos. ¡No quiero! Me da tanta vergüenza que me veas desnuda.

RAMÓN.- (**Sumiso, sin saber qué decir.**) Hacemos lo que podemos. Yo te ayudo. No reparo en ningún sacrificio, jamás me quejo.

MARÍA.- Hace mucho frío, siento escalofríos. Estoy temblando.

RAMÓN.- (**Igual.**) A ver si tienes fiebre. Lo haces todo con tanto apasionamiento.

MARÍA.- ¡No digas estupideces! Es la soledad, la soledad que ha entrado en esta casa..., como una oleada de agua turbia. Nos hundimos en el olvido, Ramón.

RAMÓN.- (**Suplicante.**) ¿No te acuerdas de la gira por Japón?... Te han contratado. Vas a hacer Lady Macbeth.

MARÍA.- (**Desolada.**) Ha oscurecido de pronto y ya no oigo tus palabras.

RAMÓN.- (**Igual.**) No son palabras, María... Te enseñaré el contrato.

MARÍA.- (**Igual.**) Déjalo. Ha llegado el momento que tanto temía... Ya no puedes engañarme. No te creo. No creo nada de lo que dices.

RAMÓN.- (**Igual.**) ¿Por qué no van a ser reales los sueños?

MARÍA.- (Igual.) Porque somos demasiados viejos, Ramón, y hemos perdido la inocencia.

RAMÓN.- Tenemos que seguir viviendo... Tenemos que jugar, inventar muchas cosas. ¿Sabes, María? Noto que con los años me siento más libre.

MARÍA.- Nunca tuviste imaginación.

RAMÓN.- Pero necesito que me echés de menos, creer que aún puedo hacerte feliz.

MARÍA.- Si pudiéramos marchar hacia atrás, Ramón... El tiempo es nuestro peor enemigo. Corre más que nosotros.

RAMÓN.- ¿Te acuerdas de cuando empezamos?... Con las manos vacías. El cielo y la tierra nos esperaban... Nos lanzamos a la aventura.

MARÍA.- (Burlona.) Sí, como un Don Quijote de guardarropía y su triste Dulcinea..., en enaguas.

RAMÓN.- No te burles, María.

MARÍA.- Y caíamos al suelo con gran estrépito..., tundidos a palos... Éramos unos visionarios.

RAMÓN.- No es eso... Cuando se alcanza algo que se ha deseado tanto parece que en ese mismo momento se desmorona...

MARÍA.- No seas bobo, Ramón... Aquellos tiempos no volverán. Entonces éramos jóvenes.

RAMÓN.- Nos movíamos a tientas como animalillos ciegos.

MARÍA.- Qué tontería... Ese era precisamente el encanto..., caminar hacia delante sin pensarlo dos veces, sin remordimientos ni pasado... Bañados por el agua nueva... Siempre debe de ocurrir igual... Llega un momento en que ya no se espera nada... Es cuando se puede decir que somos viejos... Ya no hay misterio ni esperanza.

RAMÓN.- Nos hemos sentido tristes, otras veces..., antes, siempre... Pero encontrábamos una respuesta.

MARÍA.- (Sarcástica.) Las fórmulas mágicas también se agotan... Ya sólo podremos poner parches, Ramón, remiendos..., zurcido sobre zurcidos hasta que la ropa se deshace... Y como no somos jóvenes ni hermosos todo nos sale mal.

RAMÓN.- No hay que fijarse en eso, María... A cambio de los años, la experiencia... Y unas ganas enormes de vivir.

MARÍA.- ¿Experiencia? ¿De qué me hablas? Cuenta tu vida a quien tenga la paciencia de escucharte, que no le servirá de nada, porque nada puedes enseñar... Nos hemos encerrado en un fanal y no saldremos jamás de él.

RAMÓN.- (Temeroso.) ¿Es que ya no quieres hacer teatro?

MARÍA.- No soy una mujer de escenario.

RAMÓN.- (Igual.) ¿Qué dices?... Otra vez con esa historia...

MARÍA.- Ahora lo veo muy claro. Me he equivocado como una idiota... Toda mi vida.

RAMÓN.- ¡No es verdad! Tuviste días de gloria. Triunfos apoteósicos. El público te aclamaba.

MARÍA.- La mentira, Ramón, la gran mentira de mi vida. No he triunfado. No he vivido nunca.

RAMÓN.- Debes de estar enferma, María... ¿Te sientes bien? No comprendo esa desolación, de repente. ¿Qué te ha pasado?

MARÍA.- (Soñadora.) ¡Ah!, si pudiera comenzar de nuevo, qué distinto sería todo.

RAMÓN.- Podemos hacer un esfuerzo...

MARÍA (Igual.) Me he comportado como una idiota... Si me hubieras escondido en el último pueblo de los Pirineos como hizo mi hermano con su mujer, habría existido sólo para ti... Ahora, podríamos mirarnos a los ojos sin odio... No nos hemos conocido, Ramón, no sé quién eres.

RAMÓN.- Aún tenemos tiempo, María..., María Dubrovska, ¿por qué no lo intentamos? No somos tan viejos.

MARÍA.- Aunque fuera verdad da lo mismo. Ya no me interesas. Estás demasiado visto.

RAMÓN.- Y si probáramos a querernos un poco...

MARÍA.- (Sarcástica.) ¡Qué risa!... Como si se pudiera poner en marcha un corazón muerto.

RAMÓN.- (Molesto.) No tiene importancia; nada de lo que dices tiene la menor importancia. **(Señala al público.)** Ellos están ahí... Han pagado y esperan verte actuar. Te esperan.

MARÍA.- (Con un mohín.) No pienso sacrificarme más.

RAMÓN.- Es tú obligación... No te hagas ilusiones. Vives para divertirlos.

MARÍA.- Que se fastidien. He dejado de ser la muñeca de sus tristes sueños.

RAMÓN.- (Nervioso.) Caprichos tontos... Ya eres mayorcita para tener un poquito de juicio.

MARÍA.- (Grita.) No me recuerdes que soy vieja.

RAMÓN.- Levántate. Y sonríe, sonríe al público. Saluda.

MARÍA.- No me da la gana. Estoy muy a gusto en el suelo.

RAMÓN.- (Furioso.) Si lo prefieres te levanto yo a bofetadas.

MARÍA.- (Mordaz.) ¡Ramón! ¡Qué energía, de pronto! ¿De dónde sacas tantas agallas?

RAMÓN.- No quiero dormir en el calabozo otra noche.

MARÍA.- (Burlona.) No va a ser para tanto. Respetarán tus canas. En el fondo, siempre has tenido manías de grandeza.

(RAMÓN está muy furioso y abofetea a MARÍA. Chilla.)

No, no, no, pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? Me correspondía a mí. Era mi turno.

RAMÓN.- (Cruel.) No te muevas. ¡No grites!

MARÍA.- ¡Me haces daño, maldito!

RAMÓN.- (Igual.) Eres vieja, no puedes defenderte. Ha llegado mi momento.

(MARÍA cae al suelo y mira largamente, con ojos burlones, a RAMÓN. Se ríe a carcajadas.)

MARÍA.- (Riendo.) Estás temblando. Como un pajarillo herido.

(RAMÓN, muy nervioso, sigue golpeando a MARÍA, hasta que tiene que detenerse agotado por el esfuerzo. MARÍA burlona.)

¿Ya estás contento? ¿Has satisfecho tu terrible venganza?... Ramón, sigues siendo un niño, un niño incorregible. Nunca crecerás.

RAMÓN.- (Igual.) ¡Cállate! ¡No quiero oírte! ¡Calla!

MARÍA.- (Igual.) Me tienes a tus pies... ¿No es lo que querías?... A ver lo que haces ahora... Imagina algo, haz un esfuerzo, ¡vamos!

RAMÓN.- (Casi suplicante.) ¿Por qué has de vencer siempre, María Dubrovska?... ¡Solo una vez! Déjame la victoria una vez siquiera.

(MARÍA se levanta muy ofendida.)

MARÍA.- La fuerza no sirve de nada a quien no sabe usarla. Sin arte ni ingenio, es propia de animales. Una explosión salvaje.

RAMÓN.- (Muy nervioso.) Así, no, así, no, no lo digas... **(Histérico le da puñaditas.)** Por eso habíamos prometido respetarnos. Pero tú no cumples ninguna promesa.

MARÍA.- (Altiva.) Te has puesto nervioso..., y me has desafiado... Estoy segura de que no sabes lo que has hecho.

RAMÓN.- (Abatido.) Perdóname... No nos entenderemos nunca, María Dubrovska.

MARÍA.- ¡Qué bonito! Pretendes arreglarlo todo con suspiros, pero los suspiros hace mucho tiempo que dejaron de significar algo en esta casa.

RAMÓN.- Me siento perdido, María, no sé lo que debo hacer.

MARÍA.- Escuchar atento, mirar sin pausa para poder así adivinar mis deseos... ¡Aprender!

RAMÓN.- (**Absorto.**) ¿Aprender? ¿Qué puedo aprender a estas alturas?

MARÍA.- ¿Es que no lo has visto? ¿No has comprobado que soy superior?... ¡Siempre y en cualquier ocasión!

RAMÓN.- (**Sometido.**) Claro, lo tengo muy presente..., a todas horas.

MARÍA.- (**Altanera.**) Sin embargo, a veces, se te olvida y caes en el más espantoso de los ridículos.

RAMÓN.- No volverá a ocurrir, te lo juro. Ahora es de verdad. Me haré sangre en el pecho, si en algún momento doy motivos para que te enfades conmigo.

MARÍA.- Me duele la espalda... Me has golpeado con los puños cerrados como un niño rabioso... Ni siquiera sabes pegar como pegan los hombres.

(**RAMÓN se acerca a MARÍA y besa su espalda
enternecido.**)

RAMÓN.- Un besito en la pupita, niñita mía. Un hombre malo te ha pegado... Que le castigue el buen Dios a andar errante por el mundo como un alma en pena.

MARÍA.- ¡Y, ahora, tus babas sucias! ¡No seas vulgar! (**Se retira con un gesto de repugnancia.**)

RAMÓN.- Tienes la piel muy fría, cariño..., y esos puntitos ásperos... ¡Cuánto me gustaría comerte entera!

MARÍA.- (**Con tono en cierto modo coqueto, a pesar de las palabras.**) Me das asco. No te acerques.

RAMÓN.- Los ángeles se han parado en el umbral y te miran muertos de envidia. Los has seducido. ¡Como a todos los que se acercan a ti!

MARÍA.- (Coqueta.) Les gustaría tanto estar en tu lugar..., pero son muchos y muy guapos. Me dan miedo.

RAMÓN.- ¡Que rabien!... No les voy a dejar ni un trocito.

MARÍA.- (Igual.) No seas egoísta, Ramón, lo que hay en España es de los españoles. ¿No decís eso los castizos?

RAMÓN.- No te pueden gustar. Son unos niñatos. Se perderán en tus brazos.

MARÍA.- Dame un beso, querido, para que se vayan los malos pensamientos. Han hecho nido en mi corazón y ahora no quieren abandonarlo.

(RAMÓN besa a MARÍA, demorándose con un gesto de felicidad. MARÍA burlona y coqueta.)

Aún te huele el aliento y tienes la boca sucia... ¿Desde cuándo no has ido al dentista?

RAMÓN.- (Desconcertado.) Eres tan difícil, María. ¿Por qué dices esas cosas?

MARÍA.- (Mordaz.) ¡Ah!, me quiero divertir... Cuando estás cerca me acuerdo de todas las noches sin esperanza..., y me entra una rabia tremenda. Puedo llegar a odiarte.

RAMÓN.- Estoy ardiendo, María, Ya no escaparás virgen.

MARÍA.- (Se retira coqueteando.) Deja, deja, no seas atrevido... Dices palabras prohibidas en labios de viejo. ¡Qué pensarán estas señoras de tanta procacidad!

RAMÓN.- (Intenta retenerla.) Todavía me quedan fuerzas.

MARÍA.- Eso es lo que musitan los moribundos... La sepultura está abierta... La bruja de la guadaña te llama, está sonriente. ¿No la ves?... Se acerca. Ahora, se ha escondido detrás del biombo y agita su pañuelo. Te invita a ir con ella en ese tren frío de la madrugada que recorre las últimas estaciones solitarias... Nadie llora por ti, Ramón; algunos desaprensivos ríen y te tiran piedras para desfigurar aún más tu rostro.

RAMÓN.- (Asustado.) Calla, dices cosas terribles..., amargas.

MARÍA.- La verdad, hijo, la verdad es muy dura...

RAMÓN.- (Igual.) Como si de pronto escucháramos la última sentencia...

MARÍA.- Sí, resulta más bien tétrico. ¡Qué le vamos a hacer! Tampoco podíamos esperar un final mucho mejor.

RAMÓN.- (Intentando desesperadamente hablar de otra cosa.) Al público no le agrada que hablemos tanto de la muerte... Me parece que nos estamos pasando.

MARÍA.- Pero si es acogedora..., fácil y amable... ¡Por Dios! ¡Qué manía de verlo todo tan negro!

RAMÓN.- (Indeciso, nervioso.) Será mejor que me cambie...

MARÍA.- ¿Otra vez? Pareces un travesti. ¿Es que no puedes parar un minuto?

RAMÓN.- Me siento incómodo con este traje.

MARÍA.- ¡Qué más te dará uno que otro! ¡Como si cambiando de traje se resolvieran los problemas!

RAMÓN.- Enseguida vuelvo, no tardo nada.

MARÍA.- Tengo frío, Ramón. Necesito sentirte cerca.

RAMÓN.- Canta algo... El *Dies irae, dies illae*, ¿recuerdas? Así estarás acompañada.

(MARÍA, irritada, aferra a RAMÓN por el brazo, impidiéndole escapar.)

MARÍA.- ¡Para algo te casaste conmigo!

RAMÓN.- (Desconcertado.) Dormir y soñar, dormir y soñar, a veces roncar. Como el ratoncito bueno y respetuoso.

MARÍA.- ¡Eres imbécil! No tiene gracia alguna lo que dices.

RAMÓN.- (Temblando.) Yo también empiezo a tener frío.

MARÍA.- (Furiosa.) Pues te vas a calentar conmigo.

(MARÍA le atrae hacia sí bruscamente.)

(Igual.) Quiero ver cómo lo haces. Espero que no lo hayas olvidado.

RAMÓN.- (Igual.) No ha llegado el momento todavía.

(MARÍA le abraza voluptuosa.)

MARÍA.- Eso lo decido yo. Cuando me viene en gana, ¿te enteras?... Loco de felicidad deberías estar al abrazarme.

RAMÓN.- Es atrevido, demasiado fuerte...

MARÍA.- (Animosa.) Apriétame con más fuerza... ¿Es que no te queda sangre en las venas?

RAMÓN.- Una inconveniencia... Después, lo lamentaremos.

MARÍA.- (Igual.) Tú, que te quejas de todo... Te has pasado la vida llorando y aún pretendes conmovirme con tus sollozos.

RAMÓN.- (Con su última energía.) Es una representación obscena.

MARÍA.- (Furiosa y excitada.) Estoy harta de vulgaridades. ¡No puedo más!... Harás lo que yo te diga.

(MARÍA arrastra a RAMÓN al suelo; caen los dos juntos.)

¡Y como Dios manda!

(MARÍA se revuelca de modo que queda encima de RAMÓN, obligándole a copular.)

RAMÓN.- (Musita.) Es una vergüenza... Voy a por el abrigo... Siquiera para taparnos un poco.

MARÍA.- (Forcejeando.) ¿Qué murmuras con esa medio lengua? No te entiendo.

RAMÓN.- (Igual.) El abrigo...

MARÍA.- (Igual.) ¿Pero aún estás temblando...? No hay remedio... **(Jadeando.)** Es el frío de la soledad... Yo también lo siento en los huesos... Pero es igual, ya nunca va a suceder nada en el mundo... No puedo llorar, Ramón..., enseñame..., si te murieras brotarían mis lágrimas..., ya no acudirás cuando te llame. Ramón, las viudas pueden llegar a ser felices... Regresan al pasado, tienen recuerdos... **(Solloza amargamente, mientras copulan.)** Yo no tengo nada, Ramón, nada, nada, ¡nada!

RAMÓN.- (Solloza también.) Así no puedo hacerlo, María. ¡No puedo!

MARÍA.- (Clama con gran amargura.) Ramón, inténtalo, con todas tus fuerzas. ¡Por lo que más quieras!

RAMÓN.- (Solloza desolado.) María, María Dubrovská.

(Se hace el oscuro.)

Epílogo

RAMÓN se ha puesto en pie y avanza trabajosamente hacia el fondo del escenario, de espaldas al público. En el fondo estará MARÍA, vestida con una clámide blanquísima y coronada de laurel, ligeramente recostada sobre una columna y en actitud soberana.

RAMÓN.- Llor a María, que habita en los cielos. **(Sigue avanzando.)** Coros de alabanza en honor de la virgen coronada. **(Avanza.)** Los esclavos se postran a tus pies cantando viejas melodías de ensueños y ventura. **(En pie, frente a MARÍA.)** Reina de las adelfas y de los gigantes, acepta benévola el sacrificio que te ofrezco.

MARÍA.- (Se arregla la clámide con gestos coquetos.) Creo escuchar voces lejanas... Vienen a turbar mi sueño de gloria.

RAMÓN.- Oye las súplicas de los mortales... Vienen en caravanas, se acercan legiones para rendirte homenaje.

MARÍA.- (Solemne.) Cordel de presos..., condenados a galeras. Sois tristes y sucios.

RAMÓN.- Por tu intercesión divina, el Señor, al fin, nos ha redimido.

MARÍA.- (Con un mohín.) Detesto a esos diosecillos officiosos. Son unos cantamañanas.

RAMÓN.- También cantan tus alabanzas. Y preparan un festín de reyes en la antesala del cielo.

MARÍA.- Demasiado ruido... Pertenezco por derecho propio a las esferas celestiales y me codeo con serafines, querubines, tronos y potestades. No necesito intermediarios.

RAMÓN.- (Celoso.) Se sentirán tan felices al tenerte cerca de ellos...

MARÍA.- ¡Pobrecillos! Me envidian como mujer y como actriz.

RAMÓN.- Alcánzame el último plato de tu mesa, los huesecillos que tiras a los perros... Déjame lamer tus manos porque de ellas brota virtud y sabiduría.

MARÍA.- (Con fastidio.) No seas empalagoso, mortal. Expón con llaneza y brevedad tus peticiones.

RAMÓN.- Sólo deseo adorarte.

MARÍA.- Tendrás que purificar tu espíritu. Es largo y difícil.

RAMÓN.- Estoy dispuesto a despojarme del cuerpo y de la vida. Reduciré mis aspiraciones a ser el escabel de tus chapines de oro.

MARÍA.- Dices cosas temerarias... Los inmortales andamos descalzos... Se puede decir que no pisamos la tierra.

RAMÓN.- Te vi en sueños, Señora... Vivimos juntos otras vidas. Hace mucho tiempo.

MARÍA.- No quieras levantar el velo... Tras él se esconde el tabernáculo... Si deseas entrar en el reino de los cielos, rasúrate el cabello y haz penitencia. Cúbrete de ceniza. Emprende la peregrinación de los neófitos que llegan al altar de la diosa... Algún día serás digno. Mi sangre de mujer caerá sobre ti y bañará tu cuerpo.

RAMÓN.- Únicamente, deseo ofrecerte los dones del mundo.

MARÍA.- Están corrompidos... La tierra clama venganza: tiene hambre y sed de justicia.

RAMÓN.- Una sed abrasadora que sólo tus labios pueden aliviar.

MARÍA.- Deberás hacer penitencia. Te lo he dicho... No veo aún claro en tus ojos y tu lengua tartamudea. Es falsa y pastosa.

RAMÓN.- Haré todo lo que me ordenes.

MARÍA.- ¡No basta! Has de entregarme tu corazón. ¿Estás dispuesto?

RAMÓN.- Hace mucho tiempo que es tuyo.

MARÍA.- Me lo dejaste envenenado, hecho una piltrafa. Me regalaste un despojo que arrojé al suelo y pisoteé con rabia.

RAMÓN.- Hoy he nacido de nuevo para ti.

MARÍA.- Acércate... Deja que te mire... No te reconozco..., aunque ese tufillo. No sé, no sé...

(RAMÓN se acerca.)

¡Me molestas! Respiro el aire que respiras y siento náuseas.
(Chilla.) ¿Por qué has venido a turbar mi paz?

RAMÓN.- Tampoco es justo que los inmortales estéis solos... De vez en cuando, tenéis que salir a la calle y sentir piedad de nosotros.

MARÍA.- (Ríe sarcástica.) Ya no me puedes alcanzar, Ramón... He huido. Ahora, estoy muy lejos de ti.

RAMÓN.- Sigues siendo cruel, amor mío.

MARÍA.- (Despreciativa.) Ya no soy nada, Ramón. He dejado de tener sentimientos. Me detuve en el tiempo y sólo puedo soñar eternidades que no existen.

RAMÓN.- ¡La poesía está en la calle!

MARÍA.- (Igual.) Eres un revolucionario de guardarropía, un comediante viejo. Te morirás interpretando los papeles que nadie quiere.

RAMÓN.- (Con orgullo.) Pero moriré en el escenario... como los grandes.

MARÍA.- (Mordaz.) Y el público saldrá corriendo despavorido... Caerá su odio sobre ti. **(Sarcástica.)** ¡Qué risa! Menos mal que he encontrado una columna en que apoyarme... Es más cariñosa que tú.

RAMÓN.- ¿Quién te ha coronado de laurel, María Dubrovska?

MARÍA.- (Despectiva.) ¿Te refieres a estas hojas mustias?... Creo que alguien las tiró al cubo de la basura. De ahí las he recogido.

RAMÓN.- Eres conmovedora. Genio y figura...

MARÍA.- No, fue un torero, sí, un apuesto torero el que me coronó de gloria... No sé... Quizá un saltimbanqui o un payaso.

RAMÓN.- Andas por las plazuelas y los mercados como si fueras una meretriz. Así es como conoces a esas gentes.

MARÍA.- (Canturrea divertida.)

Pisa morena
pisa con garbo
que de un trocito de mi capote
un relicario te voy a hacer.

RAMÓN.- (Decepcionado.) Estás perdiendo el empaque, María, me das pena. En el futuro, no vas a servir para reina... y menos para Diosa, naturalmente.

MARÍA.- (Coqueteando.) Es que a ratos, cariño, siento celos de esas mujeronas que se acuestan con tantos hombres a la vez... Y, entonces, me aburro en la gloria... Es tan insustancial, tan fría... Hay que andar siempre de puntillas y a mí eso acaba pareciéndome irremediabilmente cursi.

RAMÓN.- (Enfadado.) Eres una deslenguada... Si te oyen te castigarán al Purgatorio.

MARÍA.- (Caprichosa.) Mejor. Así estaré más calentita.

RAMÓN.- Te estás acercando al precipicio... ¿No te da miedo?

MARÍA.- ¿Acaso, me compadeces?... No me hagas reír.

RAMÓN.- Quisiera tener brazos hermosos y fuertes, manos de hierro para detenerte.

MARÍA.- ¡No me toques!... Ya no soy de este mundo. No te pertenezco.

RAMÓN.- Únicamente estaba tratando de razonar... Tenemos que ver las cosas claras.

MARÍA.- (Altanera.) ¡Eres como todos! Rutinario y ambicioso, fatuo, intrigante y cobarde.

RAMÓN.- Si no cambias de actitud no saldremos nunca del pozo. Permaneceremos siempre lejos uno de otro.

MARÍA.- ¡Ah! ¡Qué insensatez! Suplicas que regrese a ti... Sabes que eso es imposible... ¿Por qué no vienes tú a mí? Y luego tanto presumir de testículos.

RAMÓN.- (Desconcertado.) María, jamás he presumido... ¡Sabes que esas palabras no debe decirlas una mujer!

MARÍA.- (Divertida.) Es cierto..., pero lo que pasa es que ya no soy una mujer. Por eso las envidio tanto.

RAMÓN.- Sin embargo, estás manchándote el vestido.

MARÍA.- ¡Qué ignorancia! Es una clámide griega. Auténtica, milagrosamente conservada durante siglos.

RAMÓN.- Deberías encarnar Electra, Es un personaje con tanta fuerza...

MARÍA.- ¡Dijiste que ya no gustaba la tragedia!

RAMÓN.- Pero si la haces tú... el público sigue adorándote. Todo puede volver a ser como en otros tiempos...

MARÍA.- Me voy a dedicar a la revista... Es lo que se lleva... Picante, atrevida, lujosa... Tengo unas bonitas caderas, ¿verdad?

RAMÓN.- ¿Te quedarás en cueros?

MARÍA.- ¡Quién sabe!... No, no hace falta... Además, yo soy una actriz y no necesito enseñar las tetas.

RAMÓN.- No sé a qué vienen esos escrúpulos... Todas se desnudan.

MARÍA.- ¡Desnúdate tú!

RAMÓN.- (**Perplejo.**) ¿Yo?

MARÍA.- Sí, es lo que está de moda..., el desnudo masculino. Las mujeres estamos muy vistas.

RAMÓN.- (**Remilgado.**) ¿No será motivo de escándalo?

MARÍA.- ¡Qué estupidez! Si te cuelgan las carnes como cenefas bordadas... Pareces un pellejo vacío.

RAMÓN.- Me parece recordar esta conversación. Usamos el mismo motivo con demasiada frecuencia.

MARÍA.- ¡Un espectáculo horrible!... Eso es lo que gusta, ¿no ves cómo nos miran?... Cuanto más ridículos seamos mejor lo van a pasar.

RAMÓN.- Somos patéticos, María Dubrovská.

MARÍA.- Pero muy divertidos... Quítate la chaqueta.

RAMÓN.- (**Pueril.**) No me humilles más. No quiero seguir jugando contigo.

MARÍA.- Ya está el quejica... ¡Como si tuvieras otra cosa mejor que hacer!

RAMÓN.- Continuemos hablando... Encontraremos una salida.

MARÍA.- (**Violenta.**) ¡Sobran las palabras! Están gastadas. Te he dicho que no me quedan sentimientos.

RAMÓN.- (**Quejoso.**) ¡Ah!, María, María Dubrovská, no permites ningún respiro.

MARÍA.- ¡Quítate la chaqueta, te digo!

(MARÍA se yergue y comienza a andar despacio, alrededor de RAMÓN. RAMÓN se quita lentamente la chaqueta.)

RAMÓN.- (Con un gemido, estúpidamente.) Soy estrecho de hombros.

MARÍA.- (Con odio.) Un galán de principios de siglo. Arrogante y sensual.

(MARÍA sigue dando vueltas en torno a RAMÓN.)

¿Recuerdas el Bataclá, Ramoncín?... Era sicalíptico y brillante, iluminado por un juego loco de colores. Aquellos caballeros habían nacido para amar. Pasaban noches enteras a mi lado... Fue cuando empezaba a ser famosa... El camerino lleno de flores a todas horas... Aún vivo la emoción de los encuentros misteriosos... Todavía era una chiquilla tímida, no creas... Me temblaban las piernas... Recuerdo un día que bebí unas copas de más y me emborraché como una cuba. ¡Qué vértigo! ¡Qué delirio! Me sentí arrebatada a un trono de esmeraldas. Se oía una música deliciosa... **(Parece despertar de un sueño. Violenta.)** Ahora, la camisa... **(Insinuante.)** Desabróchate despacio..., como si fueras una *supervedette* sesentona... ¿No te gusta hacer *strip-tease*? No pongas esa cara. Si es maravilloso.

(RAMÓN se quita la camisa.

MARÍA bate palmas, entusiasmada, al ver a RAMÓN desnudo de cintura para arriba.)

(Cursi.) Eres un gladiador, cariño... Que te echen a los leones... Te respetarán porque has sido bueno con ellos... ¡Qué piel tan blanca!... Es como si hubieras venido al mundo en este momento, mi querido Androcles... El lívido resplandor de las máscaras. **(Se acerca y extiende la mano; le acaricia con las puntas de los dedos.)** Deja que te acaricie, amor mío, me has seducido.

(MARÍA gira, ahora, deprisa en torno a RAMÓN. En un momento se le enreda la clámide y está a punto de caer.)

(Al tambalearse.) ¡Puñeta! ¡Siempre has de hacer algo para que pierda la dignidad! ¡Debes de pensar que soy una criada!

RAMÓN.- (En una súplica.) ¿Por qué no vuelves a la columna, María? Estabas tan graciosa recostada en ella.

MARÍA.- (Refunfuñando.) No me voy a quedar ahí eternamente..., sin nadie que me adore.

RAMÓN.- Yo te adoraré... Hasta la muerte.

MARÍA.- Pero, por desgracia, tú no eres nadie... ¡Quítate los pantalones!... Esta clámide está hecha un asco. Parece un trapo viejo.

RAMÓN.- (Asustado.) Eso no, María. Por favor, eso no.

MARÍA.- (Ríe con sarcasmo.) ¡Ah!, no, ¿tienes miedo de que te coman a besos?... Muchedumbres abrazadas a tus muslos. Morirían de placer. ¡El orgasmo universal!

RAMÓN.- (Igual.) Estoy temblando... ¡No tienes compasión!

MARÍA.- (Ríe.) ¡Vaya!, el último grito de placer... Después del triunfo, la triste despedida.

RAMÓN.- (Infantil.) No quiero quedarme desnudo.

MARÍA.- (Engolada.) Desnudo y grande, y hermoso. Desnudo en la soledad y el silencio. **(Violenta.)** ¡Los pantalones!

(RAMÓN, sumiso, cabizbajo, se desabrocha el cinturón y deja caer los pantalones, que se escurren hasta el suelo. Se queda en calzoncillos.)

¡Qué poca elegancia! No tiene ninguna gracia.

(MARÍA empuja a RAMÓN y hace que se vuelva, para enfrentarse con el público.)

... Deberías aprender de los hombres azules..., aunque fuera un cursillo por correspondencia... Pobre cadáver en vida, no sabes moverte. Eres oscuro y tétrico..., y no puedo sentir piedad de tu cuerpo. ¡Es tan horrible!

RAMÓN.- (Sumiso.) ¿Me quito los calzoncillos? **(Hace ademán de quitárselos, con gesto resignado.)**

MARÍA.- (Con grandes aspavientos.) ¡No, por Dios! ¡Qué horror! ¡Sería espantoso!

(RAMÓN, cabizbajo, triste, se va encogiendo.)

(Vocifera, mientras, ahora, ella se va desnudando.) Fuiste un canalla. Me perseguías por los pasillos, para encerrarme en cuartos oscuros, buscabas enemigos en los rincones perdidos para que me saltaran a los ojos y comiesen mis labios. Hiciste de mi cuerpo un pudridero, en el que dar rienda a tus instintos más sucios. Porque has sido un hombre vil, un puerco.

(RAMÓN sigue encogiéndose y queda hecho un ovillo inerme, gelatinoso, sin forma.)

(Vocifera, sigue desnudándose.) Has de pagar mis noches aterradas, mi soledad, mi vacío. No esperes perdón, cariño. Ha caído sobre nosotros la maldición. Ya no podemos interesar al público. Se mueren de aburrimiento... Tenemos que acabar de una vez... ¡Habla! ¡Di algo! ¿No ves que están riéndose de nosotros?... Mis palabras se convierten en un monólogo y tú no eres más que un muñeco japonés. ¡Y estamos en Europa! ¡Hay que hacer teatro a la europea! ¡De testimonio! ¡Naturalista! ¡Con moraleja!... Los espectadores quieran saber a qué atenerse. No podemos dejarles sin final...

(MARÍA queda en bragas. Los dos casi desnudos, enfrentan al público.)

(**Chilla.**) Ramón, ¡qué soledad!, ¡qué espanto! ¡Ramón!
(**Angustiada.**) ¿Por qué no dices nada? (**Se acerca, cautelosa, a RAMÓN.**) ¿Es que nos hemos muerto? Responde... (**Con mucho miedo.**) No te oigo respirar... No irás a dejarme sola...
(**Solloza.**) Tengo miedo, Ramón. (**Se inclina sobre él, con aprensión.**) Quieres que sufra, ¿verdad? (**Asustada y complaciente.**) Jugábamos a las comedias... El teatro es sólo fantasía... Pero nosotros seguimos vivos, estamos aquí. Tú y yo... Dame un beso, Ramón, bésame. Te necesito. Todo ha sido una broma... Puedes hacer lo que quieras de mí...

(**En este momento, RAMÓN se abalanza sobre MARÍA, con grandes gestos, y le echa las manos al cuello. MARÍA se debate aterrorizada.**)

Estallará una explosión de luces, a modo caleidoscópico, y se escuchará, potente, un canto gregoriano, que entona el *Dies Irae* del comienzo, mientras se desarrolla una lucha agónica entre MARÍA y RAMÓN.

De pronto, pararán en seco luces y música y MARÍA quedará quieta, exangüe.)

RAMÓN.- (Con voz solemne.) Así está escrito desde el principio de los tiempos, María Dubrovska: Subirán al cielo; los cómicos, a los que se les niega la tierra sagrada, subirán al cielo...

Subirán al cielo...

¡Los Cómicos subirán al cielo!

FIN